

# La Ilustración Artística



AÑO XXX

BARCELONA 8 DE MAYO DE 1911

NÚM. 1.532

BARCELONA. — SALÓN REIG



LA CARIDAD, estatua en mármol de Rafael Atché

Destinada á servir de remate á un monumento que ha de erigirse en la República del Ecuador



**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La torre*, por J. Sánchez Gerona. — *La presa Roosevelt en el río Salado*. — *Turín. La Exposición del Cincuentenario*. — *Barcelona. VI Exposición Internacional de Arte*. — *Barcelona. La jura de la bandera*. — *Constitución del Consejo de honor de la Casa de América*. — *Madrid. La jura de la bandera*. — *Justicia humana* (novela ilustrada; continuación). — *Aventuras y viajes de Juanito y Juanita* (continuación). — *Algeciras. La escuela de aviación*.

**Grabados.**—*La Caridad*, estatua en mármol de R. Atché. — Dibujo de Sardá, ilustración al cuento *La torre*. — *Tipos holandeses*, cuadro de Manuel Benedito. — *Peregrinación dolorosa*, cuadro de Eugenio Burnand. — *Vistas de la presa Roosevelt. El expresidente pronunciando un discurso en la inauguración de la represa*. — *Turín. Líneas de pabellones extranjeros. Los reyes en la Exposición*. — *Barcelona. Inauguración de la Exposición por el Sr. ministro de Instrucción Pública D. Amalio Gimeno*. — *Evato*, escultura de J. Clará. — *Obras de Eduardo Chicharro* — *Obras de Manuel Benedito*. — *Barcelona. La jura de la bandera: Consejo de honor de la Casa de América*. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII presenciando el desfile*. — *Cubierta y hoja del diploma otorgado por la Universidad de Praga al kaiser*. — *Escuela de aviación*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va aclimatándose el que vengan conferenciantes franceses á dar cursos de su literatura y lengua en las incómodas aulas de la Universidad Central. El alma de esta empresa es el docto hispanófilo Merimée, que, desde muchos años hace, y desinteresadamente, anhela que se estrechen las relaciones intelectuales entre España y Francia. Hago notar lo del desinterés y lo de la larga fecha, porque gran parte del *beau zèle* que ahora se despliega en algunas naciones extranjeras en favor del cultivo de la lengua castellana, se debe á la importancia comercial que ésta ha adquirido y que crece cada día, por ser la de las naciones hispanoamericanas. Merimée trabajó impulsado por otro móvil: su amor á nuestras letras, en él hereditario, transmitido por su ascendiente el autor de *Carmen* y de *Colomba*.

El curso actual, que ha empezado con una sesión inaugural brillante, donde Merimée disertó en español con una pureza de forma y una elegancia de dicción insuperables, abarca tres principales materias: *el teatro francés contemporáneo*, explicado por M. Gustave Lansón, catedrático de Literatura Francesa en la Sorbona de París, y conocido y competente crítico; *la novela en Francia en el siglo XIX*, por M. Henry Guy, catedrático de la Universidad de Toulouse, y *el arte en el mediodía de Francia y sus relaciones con el arte español*, por M. Henry Graillot, catedrático de Toulouse igualmente.

Los temas están elegidos con fino gusto y conocimiento de lo que pudiera interesar á un público menos dormido que el nuestro. Verdad que, si aumentase el auditorio de estos conferenciantes en relación con la amenidad de sus temas y la manera atractiva con que los desarrollan, no cabría la concurrencia no diré en las aulas, ni en el Paraninfo. Aun hoy no cabe en el aula y, además, esa concurrencia escucha con fervor, está lo que se dice pendiente de los labios del conferenciante, subraya los pasajes en que éste pone intención, y sale verdaderamente complacida y abierto el apetito para la conferencia próxima. Basta para poder asegurar que no se ha perdido el tiempo al organizar esta fructífera comunicación internacional.

\*\*\*

M. Lansón ha terminado ya su cometido. Del moderno teatro francés, ha explicado solamente á tres autores: Hervieu, Curel, Portoriche. Son sin duda los que para él revisten superior importancia, porque no se los puede llamar hombres de teatro, sin llamarlos antes pensadores y psicólogos. Para M. Lansón, como para todo el que considere en el teatro la obra de arte, antes que la obra de maña y habilidad, lo que ellos llaman *métier*, las obras no valen por la intriga, ni por el enredo, sino por los sentimientos, las pasiones y las ideas. Los tres tipos de autores dramáticos elegidos por el conferenciante, ofrecen este carácter, con una diferencia: Hervieu expresa los conflictos que la naturaleza y la ley hacen surgir, en lucha con la voluntad humana; Curel profundiza más en lo intelectual, y plantea casi todos los problemas hondos de la época presente, y Portoriche, continuando á Racine en estilo moderno, revela los misterios del amor, únicos que para él parecen existir. Presentan, pues, fisonomía propia.

Hervieu, como varios autores franceses de su épo-

ca, ha encontrado recursos de fuerza dramática en el divorcio. Una de sus obras más impresionantes es la titulada *El Dédalo*. En ella vemos á una mujer divorciada, que ha vuelto á casarse. Tiene esta mujer un hijo, á quien ama muy de veras. El niño vive con su padre, el primer marido. Enferma gravemente la criatura, y la madre es llamada á su cabecera, y acude angustiada, desolada. Velan al niño los que le engendraron. En una noche de ansiedad, de zozobra, de tensión nerviosa, las manos se estrechan, el amor resucita. Apenas se sabe cómo ocurre, pero ocurre, y de aquí el inextricable dédalo: la conciencia de la mujer se abisma: ignora á quién pertenece ya, cuál de los dos hombres puede, con mejor derecho, reclamarla, exigir su fe, su compañía... El segundo se apoya en la ley; el primero, en la naturaleza: es el que la ha hecho madre. Si la heroína de este drama, (que hemos visto muy bien representado en Madrid,) fuese sinceramente católica, el dédalo no existiría. Su único esposo era el primero, y no podía ser otro alguno. Y si fuese una anarquista, tampoco hay dédalo: preferiría al que amase. Pero es una civista: respeta la ley establecida por la república francesa. Esto, á mi ver, empujea el conflicto, porque las leyes humanas, solamente humanas, deben sin duda acatarse, en toda sociedad bien organizada, pero no deben originar luchas de conciencia á ningún espíritu superior. *Mala quia prohibita*... La ley humana es necesaria, y la obedecemos, pero no llega á lo íntimo. Sabemos de sobra que las leyes vienen y van. Como quiera, la heroína de *El Dédalo* no encuentra solución, y el autor tampoco, pues se ve obligado, para concluir, á despeñar á los dos maridos en un torrente que tiene la comodidad de encontrarse allí á mano, cuando más falta hace.

\*\*\*

La idea de otra obra muy notable de Hervieu, *La course au flambeau*, es de mayor trascendencia dramática, á mi juicio, que la de *El Dédalo*. Es también más osada, muy osada, al menos en la forma que él la desenvuelve; porque, como convicción latente y general, pertenece al número de lo sabido y axiomático. Se reduce á que los padres quieren á los hijos mucho más que los hijos á los padres, y de otro modo, más apasionado, más intenso. Con exaltaciones y sacrificios de toda especie. Hervieu nos representa la vida como una de aquellas carreras antiguas, en que de mano en mano pasaba la encendida tea. Las generaciones, en su curso, se transmiten la llama de la vida y del amor, y nunca vuelve atrás el don precioso, sino que, incesantemente, se dirige hacia adelante, hacia la generación nueva. He ahí la razón del interés que inspiran los niños y del enfado que suelen inspirar los viejos. He ahí por qué todo parece sonreír á la juventud.

La heroína de *La course au flambeau* es hija y madre. Como hija, no demuestra gran sensibilidad. Como madre, es distinto: no sólo renuncia al amor y á la dicha por no contraer un segundo matrimonio que la apartaría de su hija, sino que por ella se halla dispuesta á todo. En la palabra «todo» se encierra hasta el siniestro significado del crimen. No el crimen como en las antiguas tragedias, armado de veneno y puñal; el crimen á la moderna, disimulado, oculto bajo insidiosas apariencias, doméstico y domesticado, encubierto, en los senos de la conciencia, bajo el velo de excusas interesadas y razonamientos especiosos. Crimen sin embargo, tan crimen y tan ultraje á la naturaleza, como el del vengador perseguido por las Erinias: el parricidio.

La heroína de *La course au flambeau*, como sabemos, ha rechazado, por cariño á su hija, las proposiciones matrimoniales de un hombre honrado, opulento, y que la ama. Apenas acaba de despedirle, y él de desaparecer para siempre, participa la hija á la madre que está enamorada y se va á casar. El sacrificio ha sido inútil; pero ya está consumado. Otro género de luchas empieza. La heroína tiene madre, y la madre es rica ó, por lo menos, ha sabido guardar y defender alguna hacienda. El nuevo matrimonio se encuentra comprometido en sus intereses, por errores comerciales del marido; y la madre comienza á exigir á la abuela sacrificios de dinero, en favor del yerno y de la hija. La abuela protesta: no quiere morir en la indigencia: ha profesado siempre principios de orden y de economía, y no se desprenderá de su fortuna. Y, lentamente, en su desesperación, impotente para salvar á su hija, va la madre deslizándose por la pendiente peligrosa. Ante todo, prescinde de su dignidad, y pide dinero á su antiguo adorador: no lo obtiene, porque no puede averiguarse su paradero. Después, la idea se concreta. ¡Si su madre muriese! ¡Una persona de edad..., es tan fácil!.. Una consulta de médico la entera de que, para el padecimiento de la res-

petable señora, sería fatal cierta altitud, cierto clima de montaña. A ese clima va á trasladarse parte de la familia. La anciana, puerilmente, se empeña en ir también. Y, al preguntar á su hija «si puede acompañarlos», la hija responde: «Sin duda.» La frase—observa Lansón,—es tan trágica como el famoso «¡Salid!» de Roxana, en la tragedia *Bayaceto*, de Racine. Con esa frase sencilla, que ninguna responsabilidad envuelve, ni ninguna apariencia truculenta encierra, la hija ha condenado á muerte á su madre, lo mismo que si le derramase un activo veneno en la bebida. Este es el crimen en las civilizaciones avanzadas, al amparo de las seguridades de la ley, de sus complicidades sordas; y tan crimen, sin embargo, como el que vierte sangre. Es el crimen del instinto, de la hembra defendiendo á su cría, en las edades primitivas, y no vacilando para protegerla, en cometer toda atrocidad. La anciana muere, en efecto; pero el parricidio será tan estéril como había sido el sacrificio; la hija y su consorte han decidido partir á América á rehacer su honor y su fortuna, y, con igual indiferencia filial de la que ha sentido la heroína, se van y la abandonan, dejándola entregada á la soledad y al remordimiento. La inflexible ley natural se ha cumplido...

Claro es que la tesis de Hervieu está llevada al extremo. No todos los hijos serían capaces, ni aun tratándose de salvar á sus propios hijos, de un parricidio deliberado. La presentación dramática de una idea exige este radicalismo, y sólo llevada á sus últimas consecuencias, la acción destaca con violenta energía el pensamiento. Que la idea es exacta, no pudiéramos negarlo, aunque no revista esa exactitud matemática que rara vez se observa en la psicología. Hay muchos casos de ardiente amor filial, sobre todo el amor de los hijos á las madres; y hay también madres descastadas que no aman á sus hijos. Con todo eso, la tesis de Hervieu es, en general, verdadera. Por ella se explica el caso tantas veces observado de la mayor ternura de los abuelos hacia los nietos, prefiriéndolos y sacrificando por ellos sin reparo á los hijos, muchas veces. Obedecen los abuelos, probablemente sin razonarlo, á la ley de *la course au flambeau*. La antorcha ha pasado ya de manos de una generación á la de otra más recientemente llegada á la escena del mundo, y ésta es la que importa. La anterior ya cumplió su función, ya hizo su recorrido.

\*\*\*

Me he detenido en el teatro de Pablo Hervieu y, sin embargo, es el que menos me atrae quizás, entre los tres autores explicados por Lansón con tanta competencia. Hervieu, autor de ideas y de tesis, que hace pensar—de la familia de Ibsen, para decirlo pronto—pertenece, sin embargo, también á otra familia, para mí mucho menos aristocrática: la de los maestros en enredar y desenredar; la de los que dominan el arte escénico. Lansón lo dijo con suma exactitud: Hervieu, al componer sus obras de tesis, no ha renunciado á uno solo de los recursos de su *métier*. Conoce su *métier* á fondo, y lo aprovecha, manejando la intriga, no desdeñando los efectos teatrales. Y si no, dígame el oportuno torrente y precipicio de *El Dédalo*. Es, además—y esto no lo dijo Lansón, lo digo yo,—muy visible la relación entre el teatro de Dumas hijo y el de Hervieu. Como Dumas, Hervieu prefiere estudiar los problemas de la relación y unión legal del hombre y la mujer, los fenómenos de la pasión, en lucha con las instituciones y las costumbres, las fluctuaciones de la materia al ideal. Son ambos teóricos del amor y el matrimonio, censores de las leyes, y rara vez llegan á algo más trascendental, como *La course au flambeau*. Debo decir, sinceramente, que Dumas no presentó jamás una tesis tan honda. Dumas concedió mayor importancia que Hervieu á la sociedad, es decir, á las preocupaciones y usos de un momento dado, por lo cual, descuella antes en la comedia que en el drama. La sociedad inspira las altas comedias, pero sólo lo eterno humano puede inspirar los dramas intensos.

*El Demi Monde* es una comedia deliciosa, y *La mujer de Claudio*, un drama afectado, falso, efímero, y, hoy, risible. Porque la sociedad cambia, y cambian más todavía las circunstancias políticas de un país, mientras que el corazón humano, con su complicada actividad, no ha variado tal vez desde las épocas que nos permite conocer la historia. El mismo estímulo celoso que incitó á Clitemnestra á traicionar al rey de reyes, llevó á Otelo á estrangular á Desdémona, incitó á Roxana á enviar á la muerte con una palabra á Bayaceto, y produjo la catástrofe de la obra de Curel *L'envers d'une sainte*. Remontémonos, descendamos... ¡Al través de las edades, todo igual!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Conversaba la vieja, á la sazón, con la dueña de la casa y con la hija de ésta

LA TORRE

Después de un largo paseo por la costa, cansado de saltar por los peñascos y de marchar por la arena movediza de las playas, volvíame á la aldea en donde tenía mi alojamiento veríame que cuando se me ocurrió detenerme á beber un vaso de sidra en la venta que, como avanzada del caserío, alzábase al borde de la carretera.

Era un establecimiento mísero, mezcla de tienda de comestibles y de café de pueblo, en el que no encontré más parroquianos que una vieja húngara cargada de andrajos de colores y de medallas de metal y un rapaz como de quince años, que sentados ante una mesa concluían su colación. Un mono, sujeto por una cadenilla á la banquetta del chico, decoraba los relieves de la frugal comida.

Conversaba la vieja, á la sazón, con la dueña de la casa y con la hija de ésta, una robusta moza, bella con la belleza inexpressiva de las vírgenes, bretonas.

La muchacha tenía los ojos llorosos y, según me entendí, el motivo de su pena era la dilación de su concertada boda con un joven pescador, motivada por la falta de fortuna de ambos.

Un automóvil paró á la puerta y el conductor descendió á comprar un bidón de gasolina. Mientras lo vaciaban en el depósito las mujeres interrumpieron su charla para contemplar el lujo y la belleza de las dos señoras que ocupaban el carruaje.

Cuando éste hubo partido, la hija de la tendera lanzó un suspiro de envidia que hizo exclamar á la madre:

—¡Unos tanto y otros tan poco!

—¡Quién tuviera su dinero!, añadió la muchacha.

La húngara hizo un mohín de desprecio y dijo enfáticamente:

—No se debe envidiar á nadie, ni querer cambiarse por otro.

Ante el mediano éxito que esta sentencia pareció obtener de sus interlocutoras, continuó:

—Nunca se sabe lo que se pide al desear encontrarse en el lugar de otra persona ó cambiar la propia suerte por el destino ajeno.

Y como la incredulidad se siguiera manifestando en la faz de sus huéspedes, añadió:

—Mi madre contaba á este propósito el caso ocurrido en una población en cuyos alrededores estuvo acampada algún tiempo la rica tribu á que ella pertenecía y de la cual mi nieto y yo somos hoy los únicos supervivientes.

En seguida la gitana hizo un extraño relato, que conservé siempre en la memoria y que voy á contaros lo mejor que sepa.

En una vieja ciudad de Alemania vivía un pobre hombre á quien llamaban *Geheim*, que en nuestra lengua quiere decir Arcano.

Habitaba una casucha de un solo piso y en la planta baja tenía establecida una tienda de objetos usados, principalmente hierros antiguos.

Dividíanse para este hombre los días de la existencia en dos partes iguales: una desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, que pasaba en el fondo de su portalito, y otra desde las ocho de la noche hasta igual hora de la mañana siguiente, en el piso superior que le servía de vivienda.

La calle en donde estaba situada la casita era estrecha y húmeda, no unía sitios importantes ni populosos y por esto veíase comúnmente solitaria; de modo que el comercio de nuestro personaje estaba muy lejos de ser próspero. Mas como su dueño tenía poquísimas necesidades, los productos le eran suficientes, y su vida se deslizaba monótona, pero también exenta de disgustos y sinsabores.

Tal vez por estas causas tenía apego á este bajo mundo y su sola pena era tener que abandonarlo un día, como han tenido que hacerlo hasta ahora todos los nacidos, incluso aquellos que como Matusalem han podido dudar un momento de su condición leznable de mortales.

Así, á medida que iban aumentando sus años, su tristeza aumentaba, y cuando llegó á cumplir cincuenta, la idea de la muerte había constituido para él una obsesión.

No tenía parientes y nunca había pensado en casarse á fin de no ver turbada su tranquilidad, ni en-

contrarse obligado á trabajar en oficio duro para alimentar otra boca que la suya, de modo que aquella pena no era lo que puede producir en un padre de familia el temor del abandono de su mujer y del desamparo de sus hijos, sino el abandono de su casa y el desamparo de su propia carne.

De haber sido químico hubiera pasado sus vigiliass en buscar una droga que prolongase la juventud; si hubiese creído en la materialización del demonio hubiérale evocado para tratar con él; pero estaba lejos de ser un Fausto y, así, contentábase con ansiar la vida con todas sus fuerzas y temblar ante la idea de que la Intrusa llamase un día á la carcomida puerta de su retiro.

Había frente á éste una iglesia abandonada cuya torre de piedra ennegrecida delataba, en su arquitectura, la época remotísima de su edificación. Era una construcción medioeval tosca y severa que se componía de dos cuerpos: el primero, el de mayores dimensiones, agujereado por angostas saeteras, y el segundo con altas ventanas de líneas ojivales por las que tantas veces la voz de los bronceos sagrados habría salido convocando á los fieles de remotas épocas. Ultimamente sólo una campana vercosa y enronquecida había quedado sobre sus cojinetes de granito.

Pues bien, esta torre era el objeto de contemplación constante del anticuario, que pasaba horas enteras admirándola desde la entrada de la tiendecilla.

—¡Cuántas generaciones se habrían agitado en torno de su base! ¡Cuántas aun nacerían y morirían antes de que la pirámide de su tejado viniese á tierra! ¿Por qué al hombre no le es permitido vivir lo que á las obras que salen de sus manos? ¿No es más interesante la vida del humano ser que todas cuantas obras de arte puedan producirse?

Él sentía dentro de su organismo correr la sangre por las venas, palpar su corazón vibrar su cerebro; ¿era posible que todo aquello acabara por paralizarse, por enfriarse, por convertirse en polvo? ¿Habría de llegar el día en que sus ojos no vieran el mundo y el mundo se pasara sin él? A tal pensamiento sentía humedecerse sus sienas y huir la sangre de su rostro

Y este era su torcedor constante, hasta mientras dormía; pues en sueños veíase anciano caduco y se contemplaba con horror los brazos escuálidos y rugosos de octogenario, las piernas débiles incapaces de sostenerle, y sus manos huesosas al palpar su cuello crispábanse de repugnancia sintiendo las cuerdas de los nervios tenderse bajo la piel áspera y reseca.

Una noche despertó bajo la impresión de esta pesadilla y, por serenarse, se vistió y se puso al balcón. La silueta de la torre vecina atrajo su mirada y avivó su codicia de longevidad. Bajo la influencia aun de sus ensueños dirigióse á la torre con voz de súplica ferviente:

—¡Oh, masa de granito, símbolo de fuerza, imagen de estabilidad, burladora de siglos, despreciadora de humanas luchas! Tú que posees el secreto del largo vivir, ten piedad de este gusano que dejará de ser antes de que la más carcomida de tus piedras salga de su alvéolo de mortero. Concédeme el cambiar el exiguo número de años que haya de habitar sobre el planeta por el tiempo que te queda de seguir erigida sobre tus cimientos incommovibles. Dame, ¡oh espejo de mis ojos!, la vida que para ti reservas; á mis huesos la fortaleza de tus sillares, á mis músculos la trabazón de tu argamasa. Comunícame tu poder misterioso y que nuestras dos existencias sean una sola.

En la calma de la noche se produjo una alteración; una ráfaga de viento silbó en la calleja y, desgarrando el silencio, una campanada, una sola, salió de los ventanales de la torre para perderse en las lejanías. Tal vez el badajo quedara en equilibrio la última vez que se volteó la campana y una ligera desviación le había hecho caer.

Pero Geheim sintió un escalofrío correrle por la espalda, y la alucinación de escuchar palabras incomprensibles chucheadas á su oreja le hizo pensar que algo sobrenatural había pasado cerca de él. La torre había escuchado sus votos y atendido sus súplicas; la torre había hablado y el pacto estaba hecho: viviría tanto como ella. Aquella noche hubiera al fin dormido tranquilamente, á no ser por la alegría que le produjo la consecución de sus deseos.

Su existencia siguió desliziándose inútil y árida.

Cierta día presentáronse tres hombres en la calleja y comenzaron á tomar la medida de su longitud y de su anchura. Luego penetraron en la vieja iglesia, subieron al campanario y tomaron más medidas. Después se marcharon.

A la mañana siguiente una bandada de trabajadores hizo irrupción en la vía solitaria: llegaron carros cargados de tablones y de largos palos, de vigas, de herramientas. Y comenzaron los obreros á practicar hoyos en el suelo. En seguida metieron los palos en tierra, clavaron tablas, y por la tarde una valla corría de un extremo al otro de la calle, dividiéndola longitudinalmente en dos partes iguales.

Geheim interrogó á uno que parecía capaz de la cuadrilla.

—¿Qué os proponéis hacer?

—¿Pero no os habéis enterado hasta ahora? ¿De dónde salís?

—Veo muy poca gente y no me trato con los vecinos.

—Pues que para abrir nuevas vías y darle á la ciudad un poco de aire y de salubridad, se va á echar abajo todo lo que estorba. ¿No sois dueño de esa casuca, según me han dicho? Mejor para vos: esta acera quedá en pia, porque forma parte de la nueva avenida y os valdrá un dineral. En cambio toda esa acera cae.

—¿La iglesia también?

—Todo.

Geheim palideció y sin contestar palabra refugióse en lo más obscuro de su almacén.

Su pacto con la torre, del que se mostraba los pa-



Barcelona.—VI Exposición Internacional de Bellas Artes  
Tipos holandeses, cuadro de Manuel Benedito

sados días tan orgulloso, iba justamente á acortar su existencia y ¡de qué manera! Por poca prisa que se dieran los demolidores, la completa desaparición de la iglesia iba á ser cuestión de pocas semanas. Los macizos muros que habían causado su envidia desaparecerían muchos años antes de lo que hubieran durado sus débiles huesos y, aunque tarde, comprendió que, á veces, deseando la ajena felicidad aparente, pedimos nuestra propia desgracia.

A la mañana siguiente los habitantes de la calleja le vieron salir de su morada y encaminarse al

condenada por los arquitectos. Él sabría encontrar acentos conmovedores para que el acuerdo terrible fuera revocado; su verbo tendría la elocuencia necesaria para disuadir á todos de aquel proyecto asesino. Contaría si era preciso su contrato misterioso y ya no querían ser la causa de una muerte cierta...

Pero nadie le escuchó seriamente: tomáronle unos por loco, otros creyeron sus palabras una burla y finalmente acabaron por arrojarlo á la calle.

En la plaza contó sus cuitas á los desocupados; detuviéronse los transeuntes y ante un gentío numeroso tomó á la ciudad por testigo de sus palabras, y aseguró que el día en que la torre desapareciera completamente, él moriría.

Arrojado también de la plaza por perturbar las sosegadas costumbres de sus conciudadanos, retiróse desesperado á su casa. Desde ella pudo ir viendo hora por hora cómo se organizaban todos los preparativos de su ruina. Luego que el andamiaje estuvo concluido, empezaron á quitar las pizarras del tejado, que fué como quitarle á él las alas del corazón.

Desguarnecida la torre de su campana y de su veleta, comenzó la verdadera demolición. Los golpes de piqueta parecían al anticuario que repercutían en su cerebro y á cada trozo de cascote que saltaba sentía escaparse un átomo de vitalidad.

Un día no se encontró con fuerzas para levantarse, y desde su lecho temblaba viendo á los albañiles que con las herramientas homicidas atacaban furiosamente los muros seculares.

La fiebre hizo presa en él, y abandonado á su suerte, pasó aún dos días espantosos. Al tercero un vecino caritativo avisó al hospital y de él vinieron á buscarle con una camilla. Los médicos esperaban que sanaría pronto; pero no fué así. Su estado empeoraba cada día, sin que nadie pudiese averiguar en qué parte del cuerpo radicaba el mal. Era un agotamiento rápido de todo su ser; la vida se escapaba á chorros de aquel cuerpo y ningún esfuerzo podía evitarlo.

Como todos sabían la causa que había determinado su enfermedad, pusiéronse de acuerdo para engañarle con una piadosa mentira, y cierto día la hermana de la caridad que lo cuidaba entró anunciándole una buena noticia.

—¿Sabéis, Sr. Geheim, que las demoliciones de vuestra calle han sido interrumpidas?

—¿Es cierto?, exclamó lleno de esperanza.

—Sí; el Concejo ha desistido de abrir por aquel lado la gran calle que se proyectaba y hacerla más bien por la parte Norte de la ciudad.

El pobre hombre, después de un esfuerzo, se incorporó en la cama y habiendo cogido las manos de la enfermera, balbuceaba frases de loca alegría. Desde aquel momento pareció mejorarse y durante una semana se mostró contento.

Pero una noche el médico le encontró rígido y frío.

—Diantre, exclamó el doctor, ha sido exacto. Cualquiera diría que ha sabido...

—¿Qué?

—Que esta tarde los albañiles han dejado raso el solar en donde estuvo la torre.

¿Autosugestión?..

¿Coincidencia?.. Lástima que no pueda evocar ante vosotros la visión de la cingara durante su relato. El fuego de su palabra, la rara vibración de su voz, podrían mejor que una larga controversia llevaros el convencimiento de que no existe más que una sola explicación á estos hechos extraordinarios; sólo una...

(Dibujo de Sardá.)

J. SÁNCHEZ GERONA.



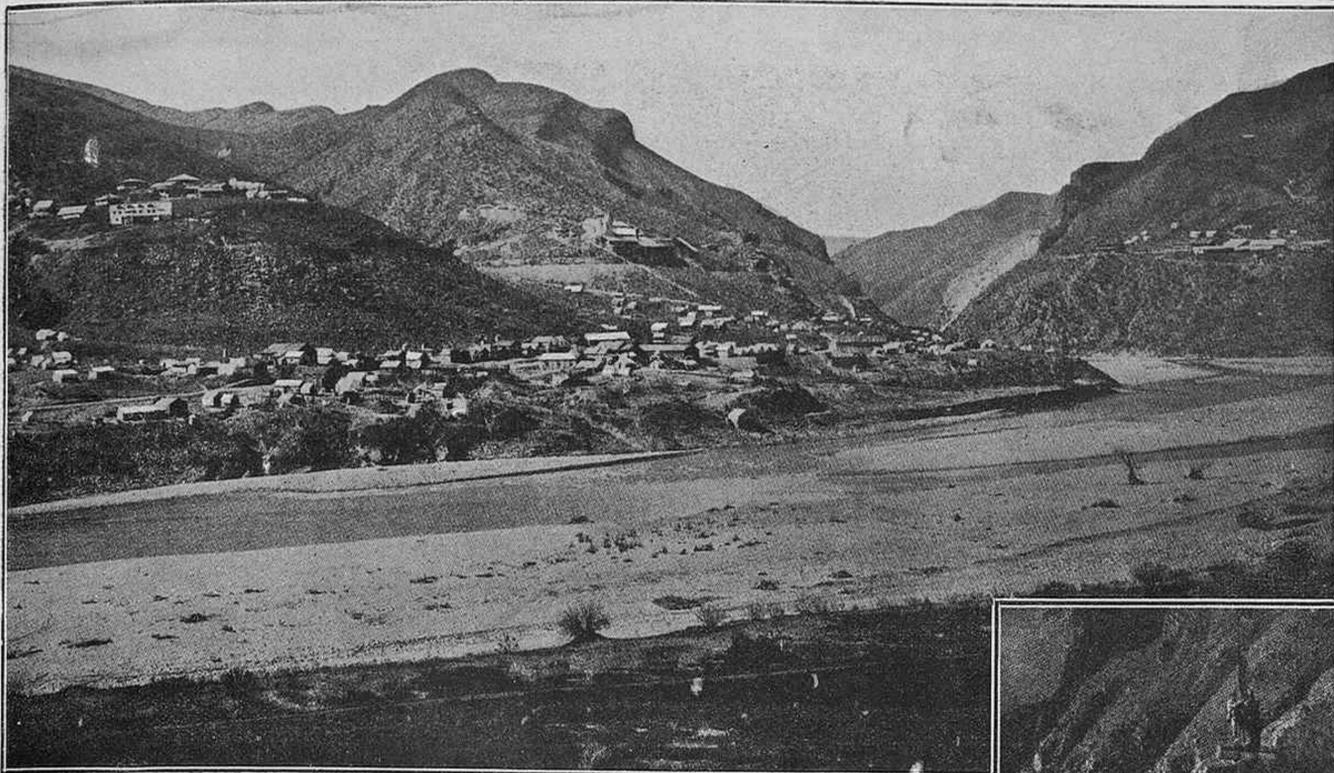
Peregrinación dolorosa, cuadro de Eugenio Burnand, (Galería Nacional de Berlín.)

centro de la ciudad. Era este acontecimiento tan insólito, que todos se preguntaron:

—¿Adónde irá el anticuario? ¿Qué le habrá ocurrido para obligarle á abandonar su sucio rincón?

Nuestro hombre, sin reparar en el asombro de sus vecinos, se dirigía á la Casa de la Villa. Quería suplicar al Concejo que conservara en pie la iglesia

LA PRESA RÓOSEVELT EN EL RÍO SALADO (ARIZONA), LA OBRA DE RIEGO MAYOR DE AMÉRICA



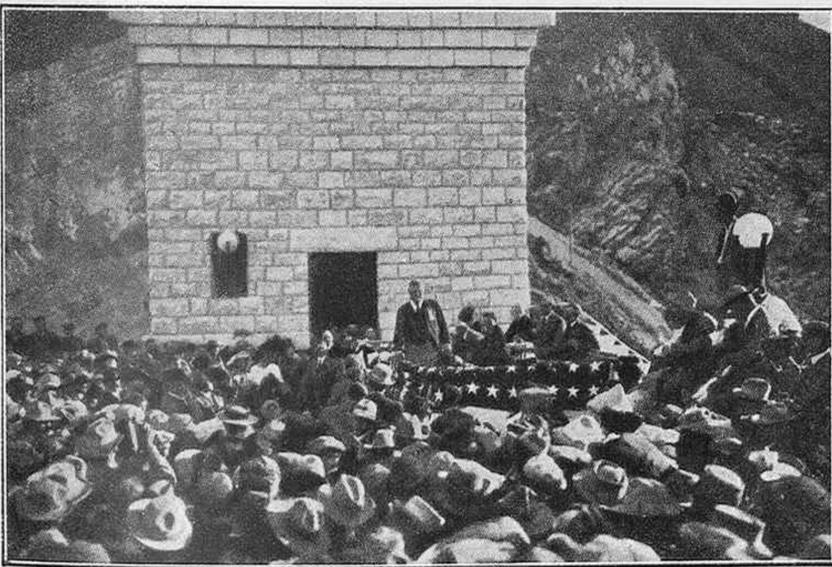
Vista de la villa Róosevelt que se fundó durante la construcción de la presa y que hoy se halla sumergida bajo 30 metros de agua

El día 18 de marzo último el expresidente de los Estados Unidos Sr. Róosevelt inauguró solemnemente la presa de su nombre, estupenda obra de riego ejecutada en conexión con el vasto proyecto para la fertilización de los desiertos del río Salado. Tan importante acontecimiento se efectuó en presencia de distinguidos representantes del gobierno federal, funcionarios del territorio de Arizona y de los Estados vecinos y muchos ingenieros eminentes. A la simple presión de un botón eléctrico, el expresidente levantó las enormes compuertas, desbordándose en el acto las aguas del río Salado.

No se había registrado en los anales de la historia

derales fué acogido con gran alborozo por aquellos habitantes quienes, desde que se empezó la obra han cooperado eficazmente á ella y á los trabajos del Servicio de Fertilización de los Estados Unidos.

Con anterioridad á la aprobación de la ley, un ingeniero del gobierno, Arturo Pówel Dawis dedicó varios años á estudiar concienzudamente el régimen fluvial de la región y



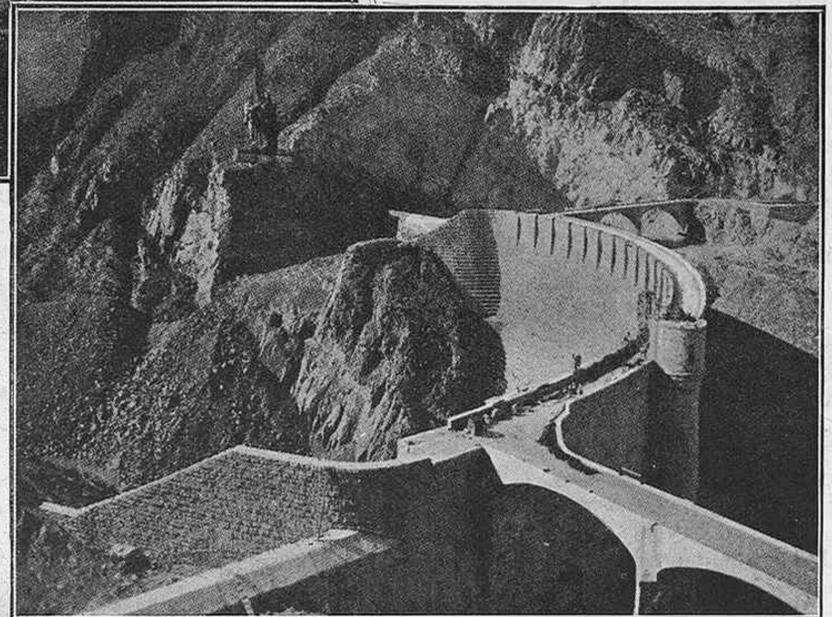
El expresidente Róosevelt pronunciando un discurso en el acto de inauguración de la represa.

de los Estados Unidos un triunfo más notable de la ingeniería que la terminación de tan gigantesco proyecto, brillante y atrevido en su concepción, diverso y complicado en sus problemas y estupendo desde el punto de vista de su construcción.

Desde muchos años antes de aprobarse la ley de fertilización, la iniciativa particular había luchado contra la aridez del desierto, pero sus esfuerzos habían resultado inútiles á causa de la falta de fondos para desarrollar las grandes obras que eran necesarias. Cuando el gobierno federal se hizo cargo de la obra, los agricultores del valle del Salado estaban enteramente desalentados y muchos de ellos disponíanse á abandonar sus hogares y sus tierras, convertidas en desierto; así es que el advenimiento de los ingenieros fe-

los medios de transporte de material, maquinaria y suministros, puesto que el sitio en donde había de levantarse el ferrocarril. Otra de las mayores dificultades fué la de obtener obreros, ya que los blancos se negaban á trabajar bajo el ardiente sol del desierto, debiendo, por consiguiente, emplearse trabajadores indios.

Para el abastecimiento de agua potable, pues el Salado justifica el nombre de este río, fué menester tomarla de un manantial distante varios kilómetros y construir una tubería que la condujese al campamento. De éste nació una verdadera ciudad que se denominó Róosevelt y que llegó á contar 2.000 habitantes; hoy día el sitio ocupado por aquella población hállase su-



Parapeto de la parte superior de la presa que tiene una longitud de 367 metros y una anchura de seis y medio

trazó los planos, gracias á los cuales, es hoy un hecho el sistema de riegos del río Salado que fertiliza unas cien mil hectáreas de terrenos hasta ahora yermos.

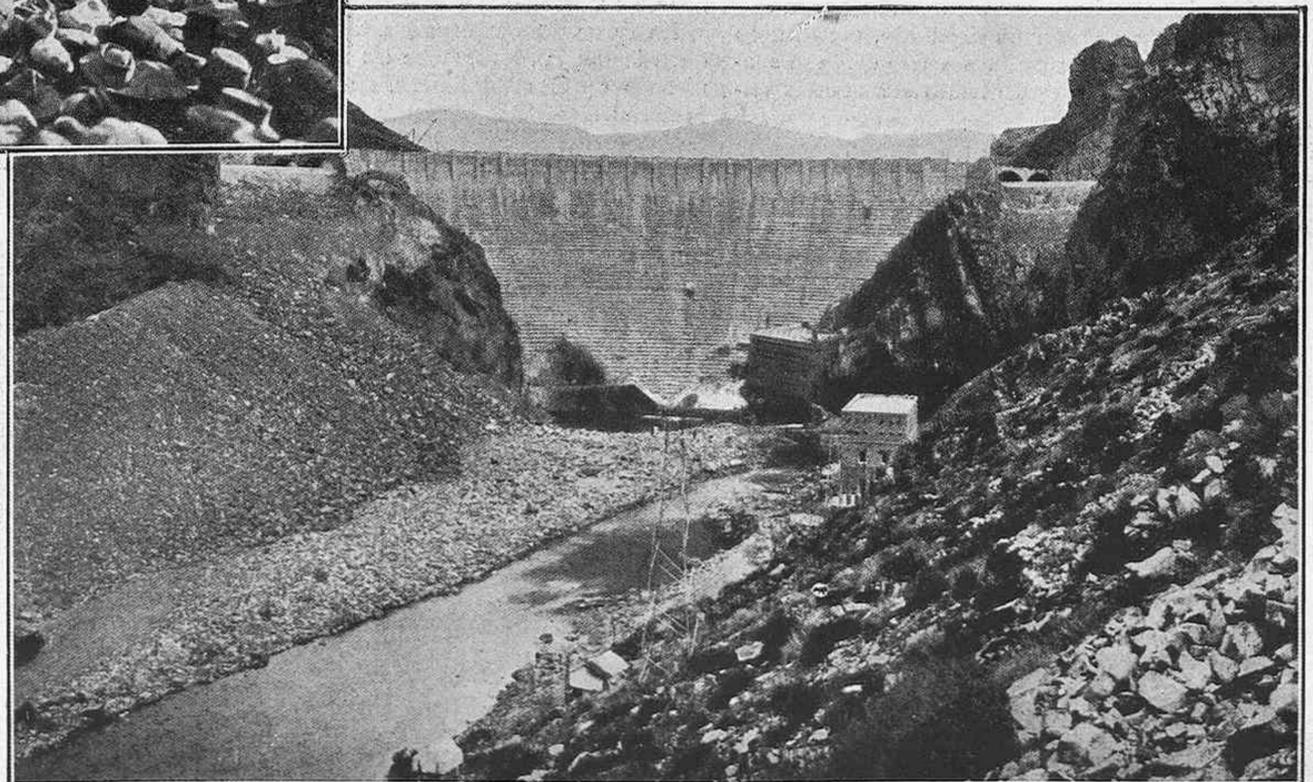
La realización de tan colosal proyecto exigió de los ingenieros grandes estudios para la construcción de caminos y campamentos así como para proveer

mergido bajo una enorme masa de 30 metros de agua.

La presa de Róosevelt ocupa en su base cuarenta áreas y media; su altura es de 85 metros; su anchura en la base, de 51 y su longitud, en la parte superior, de 367.

En conexión con esta presa principal, se ha construído otra, noventa y seis metros más abajo, de algo más de trescientos metros de largo por unos ocho de alto, para distribuir las corrientes combinadas de los ríos Salado y Verde y las aguas estancadas de la presa.

(Del «Boletín de la Unión Panamericana.»)



Vista general de la presa: su altura desde la base al parapeto es de 85 metros

## TURÍN.—LA EXPOSICIÓN DEL CINCUENTENARIO. (Fotografías de Carlos Delius.)



Vista de una parte de la línea de pabellones extranjeros; en el centro, el de Francia

La exposición de Turín, que solemnemente inauguraron los reyes de Italia el día 29 de abril último, no es la rival sino la hermana de la exposición de Roma. Así como ésta está dedicada exclusivamente a las Bellas Artes, aquélla es sólo para el Comercio y la Industria; de suerte que lejos de perjudicarse una á otra, se completan mutuamente y juntas forman una de las más grandes manifestaciones de todos los aspectos de la actividad humana que hayan jamás podido admirarse.

La exposición se extiende en una longitud de dos kilómetros y medio á ambas orillas del Po; está instalada en el magnífico Parque del Valentino y ocupa una superficie de un millón de metros cuadrados, de ellos 250.000 de edificios. A poca distancia de una de las puertas de entrada, hállase el Palacio de las Fiestas y cerca de éste la Galería de la Electricidad, grandiosa construcción de cinco naves, la no menos grandiosa Galería de Máquinas y el Palacio del Periódico.

Desde el Palacio de las Fiestas y atravesando los arriates y los bosquecillos del parque, se llega al Puente monumental, de dos pisos, obra atrevida y de extraordinaria magnitud, notable además por la elegancia de sus líneas y de su decorado, constituido principalmente por altas columnas que coronan sendas estatuas doradas representando otras tantas victorias.

indudablemente el *clou* de la exposición, y junto á él están á un lado el pabellón de Francia y á otro el de Alemania. Cerca de éstos y diseminados por sus inmediaciones, hay los de Bélgica, Brasil, Perú, Ecuador, Argentina, Inglaterra, Siam, Servia, Colonias inglesas, Rusia, Japón, Estados Unidos, Hungría y demás países que han concurrido al certamen, así

ro, de la Agricultura, de las Máquinas agrarias y de las Industrias manufactureras.

El resumen de la exposición puede hacerse diciendo que todo cuanto la multiforme actividad del hombre ha sabido realizar en el campo de la industria y del comercio y del arte aplicado á las necesidades materiales de la vida, hállase representado en aque-

lla larguísima serie de magníficos edificios que cubre en una gran extensión las dos orillas del Po y reunido en palacios de variada y original arquitectura que forman un hermoso y pintoresco espectáculo.

Al acto de la inauguración concurrieron, además de los reyes, los duques de Génova, de Aosta y de los Abruzzos; el conde de Turín, la princesa Leticia, el gobierno, el cuerpo diplomático, autoridades, corporaciones, delegaciones parlamentarias y un numeroso público.

SS. MM. fueron recibidos por el Comité y penetraron en el salón entre entusiastas aclamaciones. En seguida comenzó la ceremonia inaugural con un discurso del senador Frola, presidente de la ex-

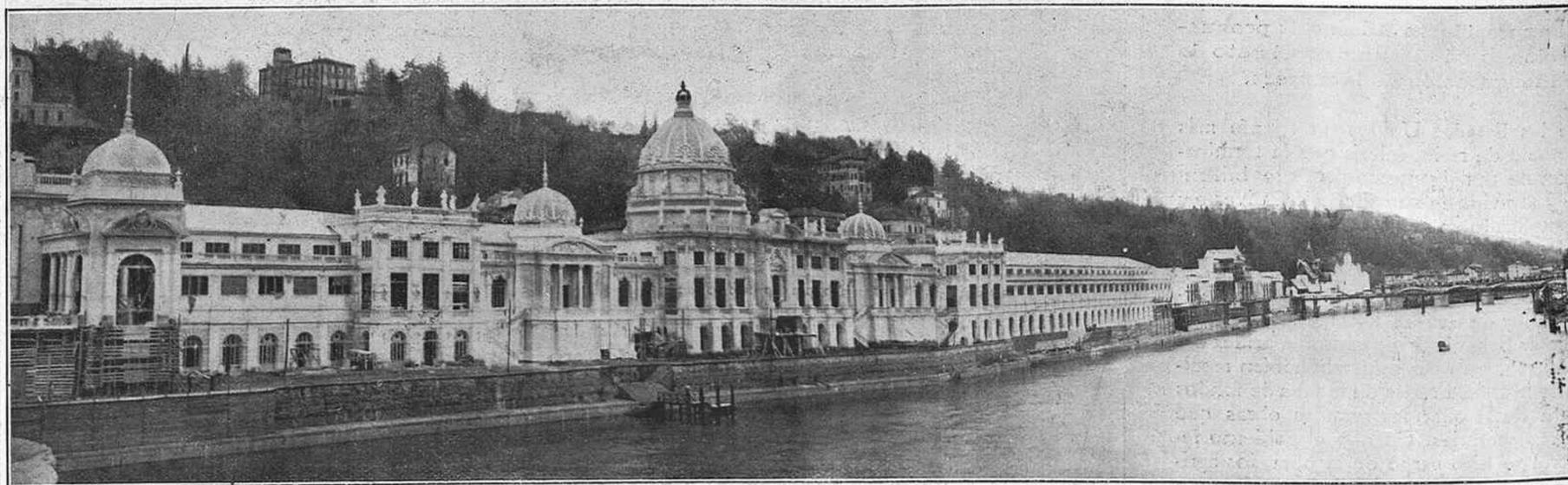
posición, explicando la significación é importancia de ésta; hablaron luego en términos altamente laudatorios el senador Villa, el alcalde de Roma, el ministro de Agricultura Sr. Nitti y el alcalde de Turín. Terminados los discursos los soberanos y su séquito se dirigieron por el puente monumental á la otra orilla



Los reyes de Italia en el acto inaugural de la exposición

como el pabellón de las Industrias artísticas y el bellísimo Palacio de la Moda.

En dos vastas explanadas, á la derecha y á la izquierda del Po, levántanse las instalaciones del Ministerio de Obras Públicas, de la Locomoción, del Material ferroviario, que ocupa una galería de 250



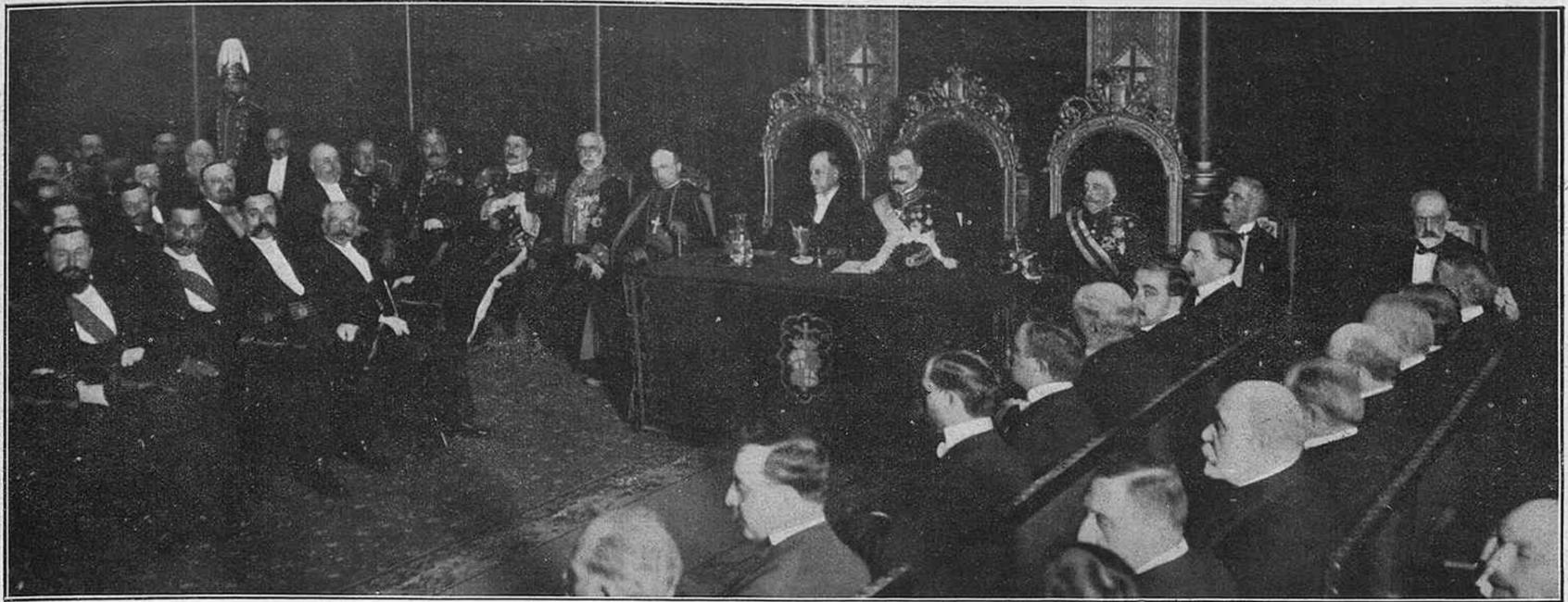
Vista de una parte de la línea de pabellones extranjeros; en el centro, el de Alemania

Al extremo del puente, álzase el magnífico Castillo del Agua que, con su cascada caudalosa constituye

metros de largo por 120 de ancho, de los Ministerios de Guerra y Marina, de los Italianos en el extranjero

del Po, en donde se efectuaron las presentaciones de los comisarios extranjeros.—R.

BARCELONA.—VI EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE



Inauguración de la Exposición por el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública D. Amalio Gimeno

Con gran solemnidad efectuóse el día 29 de abril último la ceremonia de la inauguración de nuestra VI Exposición Internacional de Arte, para asistir á la cual vino expresamente á Barcelona, en representación del gobierno, el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública D. Amalio Gimeno.

Asistieron al acto todas las autoridades, el Ayuntamiento en corporación, comisiones de la Audiencia y de la Diputación, representaciones de los centros artísticos y literarios y de las corporaciones económicas, el cuerpo consular y demás elementos oficiales.

El acto inaugural efectuóse en el gran salón de fiestas del Palacio de Bellas Artes y fué presidido por el señor ministro, quien tenía á su derecha al alcalde, al obispo y á los cónsules de Bélgica y de Italia, y á su izquierda al gobernador militar, en representación del capitán general, al gobernador civil, al presidente de la Audiencia y al cónsul de Francia. El resto del amplio estrado ocupábanlo las demás autoridades, los representantes de corporaciones oficiales y gran número de cónsules.

El secretario del Ayuntamiento Sr. Gómez del Castillo leyó los acuerdos de la Corporación municipal relativos al acto y el secretario de la Comisión organizadora Sr. Pirozzini la Memoria reglamentaria reseñando los trabajos efectuados para llevar á cabo la exposición. El Sr. Serrallera, presidente de la comisión, en términos elocuentes hizo entrega de la exposición al Ayuntamiento, y el alcalde Sr. marqués de Marianao hizo una apología del arte rese-

ñando su historia desde los tiempos primitivos.

Después de ejecutar la banda municipal y los órganos, el *Himno de las Naciones*, el Sr. Gimeno pronunció un elocuente discurso, dedicando grandes

elogios á Barcelona; felicitóse de que el cumplimiento de su deber como gobernante le haya permitido admirar una vez más los progresos de nuestra hermosa ciudad; señaló, en brillantes párrafos la altísima

función del arte y los inefables goces que proporciona, y saludó a Barcelona en nombre del rey, del presidente del Consejo y de sus compañeros de gabinete.

Terminada la ceremonia, durante la cual brilló la espléndida iluminación eléctrica instalada en el salón y que produce un efecto magnífico, las autoridades y los invitados recorrieron detenidamente las salas de la exposición.

La impresión que ésta ofrece en conjunto es en extremo satisfactoria así por el número y los nombres de los artistas nacionales y extranjeros que á ella han concurrido, como por la cantidad y la calidad de las obras enviadas. La falta de espacio nos impide ocuparnos hoy en la exposición, á la que nos proponemos dedicar la atención que se merece, reproduciendo lo más importante que en la misma figura. En el presente número comenzamos nuestra información gráfica publicando la adjunta hermosa escultura del genial Clará, á quien se ha destinado una sala especial, y varios cuadros de los celebrados pintores Benedito y Chicharro.

Las notas salientes de la actual exposición son: algunas salas de la sección española, la sección inglesa, las salas del pintor Mir, del escultor Clará, del malogrado paisista Vayreda y la sección de dibujos y aguafuertes. También es interesante la sala de escenografía.



Erato, notable escultura de José Clará que figura en la Exposición

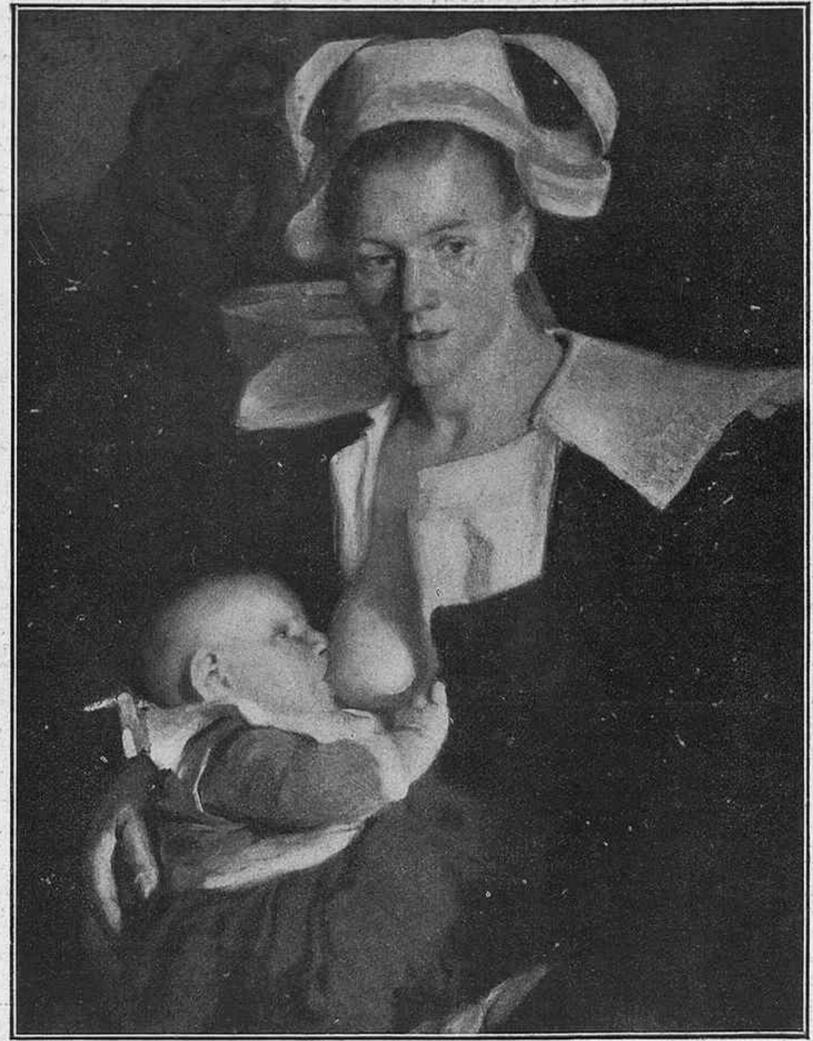


Retrato de D.ª M. E. en traje isabelino.—Aldeanos griegos adorando los Evangelios.—Yunta de bueyes.—Castilla.—La fiesta del pueblo

Eduardo Chicharro es uno de nuestros pintores que tienen más marcada personalidad. Sabe ver el alma de las gentes y de la naturaleza; sabe ahondar en la significación de las costumbres de los diversos pueblos; y sabe trasladar al lienzo las impresiones recibidas y profundamente estudiadas, con un vigor y una sobriedad que le acreditan de verdadero maestro.



Mujer holandesa



Maternidad



En un villorrio holandés

Notables por más de un concepto son las obras que ha remitido á la Exposición de Bellas Artes, que acaba de inaugurarse en esta ciudad, el distinguido pintor Manuel Benedito y que forman parte de la extensa colección de sus estudios holandeses, ejecutados con gran firmeza y exactitud, acreditando sus dotes de colorista sincero, enemigo de efectismos y amante ferviente de la realidad.

## BARCELONA. — LA JURA DE LA BANDERA

## LA CASA DE AMÉRICA

## CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO DE HONOR

El domingo, día 30 del pasado mes, efectuóse el solemne acto de la jura de la bandera por los reclutas de esta guarnición. Desde las primeras horas de la mañana hallábanse formadas las tropas en el Paseo de Gracia, en la Gran Vía Diagonal y en la calle de Córcega; en el cruce de las dos primeras vías



Barcelona. La jura de la bandera.—Los reclutas jurando la bandera

habíase levantado un altar, junto al cual se situaron los reclutas que debían prestar el juramento. En una tribuna estaban las autoridades y demás elementos oficiales, entre ellos el Excelentísimo señor ministro de Instrucción Pública, y cerca de ella los niños de las escuelas públicas.

El general Weyler, acompañado de un brillante estado mayor, situóse frente al altar y en seguida comenzó la misa, que dijo el teniente vicario D. José Peral.

Terminada la misa efectuóse el acto de la jura, desfilando los reclutas uno á uno y besando la cruz formada por una espada y las respectivas banderas.

Inmediatamente después comenzó el desfile en la forma siguiente: sección ciclista, contingentes de reclutas de los varios cuerpos; primera brigada, del general Mora, formada por los regimientos de infantería de Aragón, Vergara y Alcántara, comandancia de Artillería y de Ingenieros; segunda brigada, del general Moltó, constituida por los regimientos de cazadores de Barcelona, Alba de Tormes y Mérida, sección de ametralladoras, artillería de montaña, carabineros y guardia civil de infantería; tercera brigada, del general Brandéis, compuesta de los regimientos de caballería de Santiago, Montesa, Numancia y Almansa, noveno regimiento de artillería rodada y guardia civil de caballería.

El desfile duró una hora. La marcialidad de nuestros solda-

dos, así de los veteranos como de los bisoños, fué objeto de unánimes elogios. La patriótica ceremonia fué presenciada por un público numerosísimo.

En el local de la Casa de América se ha constituido recientemente el Comité de Honor de la misma formado por los cónsules americanos acreditados en Barcelona, que son: D. Alberto Gache, de la República Argentina; D. Raimundo del Valle,

de los Estados Unidos; D. Enrique Vilalta, de Panamá; don Manuel Ignacio Terán, de Nicaragua; D. Víctor A. Rodrí-

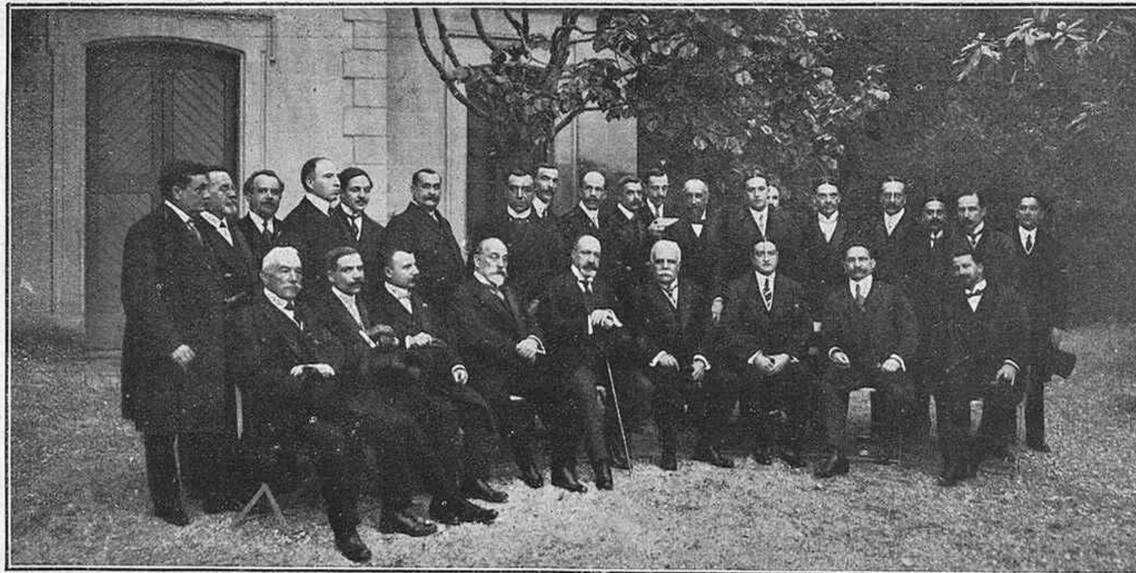


El capitán general Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler presenciando el acto de la jura. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

guez, de Venezuela; D. Rafael Vehils, del Uruguay; Sr. Compañy, del Perú, y Sr. Soler, de Haití.

En el acto de la constitución del Comité pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos los Sres. Viñas y Muxí, presidente de la Casa de América, Rahola, Vehils, de la Junta Directiva, y Gache.

## MADRID. — LA JURA DE LA BANDERA



Barcelona.—Constitución del Consejo de honor de la Casa de América (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

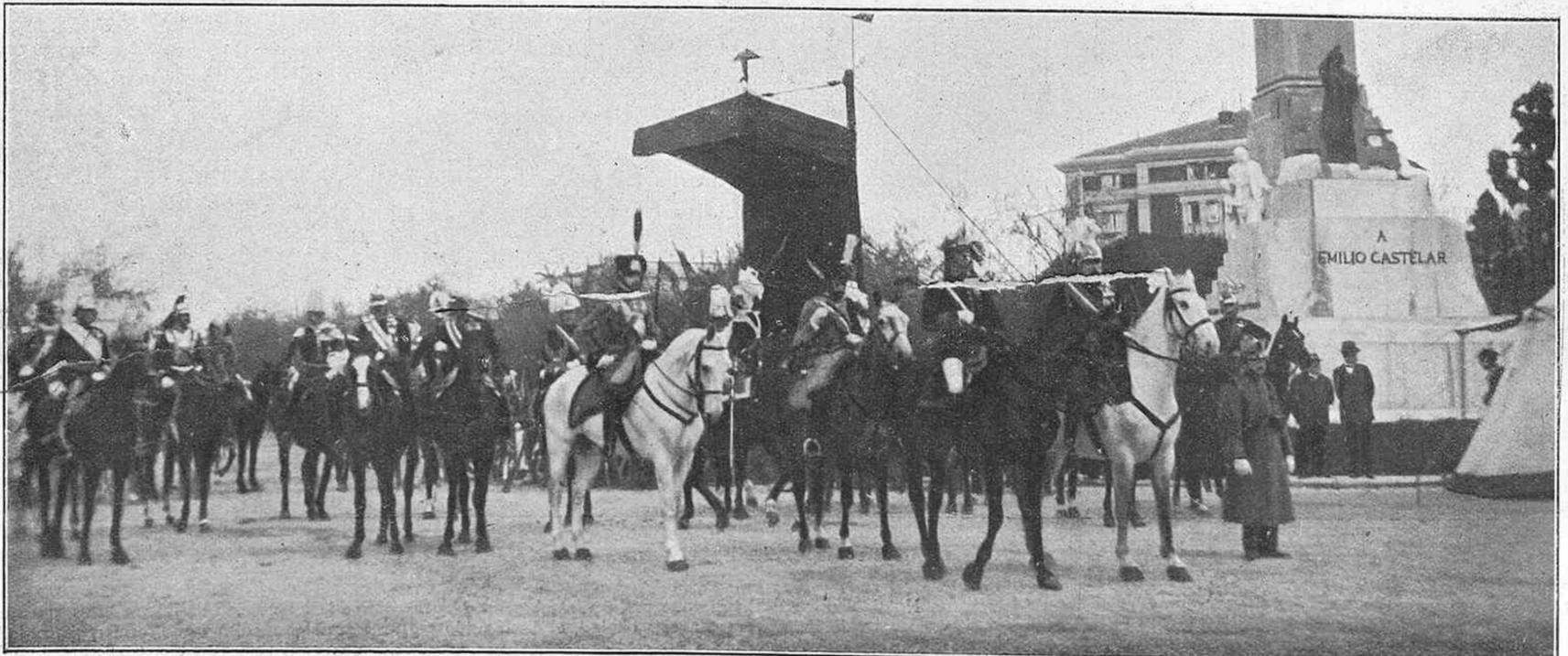
El mismo día que en Barcelona celebróse en Madrid la Jura de la bandera, á la que dió especial solemnidad la presencia de la familia real.

Formadas las tropas en la Castellana, fueron llegando sucesivamente el gobierno, las autoridades, las infantas doña Isabel y doña María Teresa, y SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y las reinas doña Victoria y doña Cristina, pasando las augustas damas á ocupar la tribuna regia levantada frente al altar.

Después de la misa, el general gobernador y el provicario general castrense fueron tomando el juramento á los reclutas de los distintos cuerpos. Terminada la jura, la familia real se trasladó para presenciar el desfile á otra tribuna, al pie de la cual se situaron el rey y su Estado Mayor.

Las fuerzas de Infantería desfilaban por secciones; la Artillería en columna de baterías; la Administración y la Sanidad militar en columna; y la Caballería al paso y en columna.

El monarca fué calurosamente vitoreado por las tropas y por el numeroso público que acudió á presenciar el acto.



Madrid.—La jura de la bandera. S. M. el rey D. Alfonso XIII presenciando el desfile de las tropas después de la ceremonia (De fotografía de M. Asenjo.)

## JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Era lo que se llama «un carácter:» si se aplica esta expresión a los hombres capaces de seguir su propio camino sin escuchar las voces insidiosas que los llaman fuera de sí, sin ceder a la presión de voluntades ajenas que desvían la suya o la debilitan. Satisfecho de haber alcanzado una posición que su humilde origen le hacía apreciar en alto grado, vivía de los trece mil doscientos francos de sueldo, más deseoso de mostrarse digno de su situación que de ascender en su carrera. Laborioso, desinteresado, amaba aquella ciencia del derecho, de un tejido tan maravillosamente urdido, en que el espíritu sigue tan lejos el magnífico encadenamiento de las causas y de las consecuencias. Poco a poco, su alma se había amolado a sus funciones: un minucioso rigorismo le inclinaba a no considerar como íntegro sino al que jamás inspiró sospechas; la misantropía, que debía sin duda a su trato con malhechores, aguzaba su desconfianza siempre alerta; cierta amargura de alma agravaba la severidad de sus juicios. Esta severidad, conocida y respetada, y la enérgica elocuencia de que sabía usar, hacían temer sus acusaciones. Apenas hacía dos años que había encontrado a Lermantes, en una comida dada por un colega más rico. Magistrados, abogados, consejeros de Estado se hallaban reunidos en torno de una elegante mesa, presidida por una mujer amable; Lermantes, puesto en el primer término de la actualidad por su ferrocarril aéreo, era una atracción que el dueño de la casa ofrecía a sus convidados. Algo embarazado al principio en aquella sociedad muy diferente de la suya, entregóse pronto, sin cálculo, tocando los asuntos más diversos mientras los comensales, más reservados, lo observaban como se recorre un libro de fácil lectura. Una causa criminal, cuyos debates acababa de presidir uno de ellos, fué objeto de la conversación durante largo rato. Tratábase de un hombre de mundo que había dado muerte a su mujer. Esta, indudablemente, le engañaba. Pero el móvil del crimen, ¿eran los celos que hacen absolver, o el interés que hace condenar? Esto era lo que se trataba de definir. Una hábil defensa de Brevine obtuvo la absolución, sin aclarar el misterio oculto en los dédalos de un alma impenetrable. Saboreando los manjares delicados, paladeando los vinos rancios, aquellos profesionales de la psicología judicial le daban vueltas examinándolo por todos los aspectos, y maldecían la ceguera del jurado. Lermantes, improvisándose defensor del absuelto, les llevó la contra con una elocuencia paradójica. Saliéndose del estrecho círculo de la causa, su viva crítica alcanzó hasta a los métodos de la justicia criminal. Mostró lo que hay de ficticio en esa organización de las audiencias en que el acusado llega, a pesar de ser considerado como libre, entre dos gendarmes; en que los testigos leen en los periódicos las declaraciones que al día siguiente habrán de parecer ignorar; en que se supone juzgar sin resolución previa una causa que, desde hace meses, apasiona a la opinión pública, y juzgarla únicamente según los documentos y testimonios aportados al tribunal, ante el cual no dejarán de ser evocados los atestados de la instrucción; en que la carrera de los magistrados puede en parte depender de la suerte que tendrán o no de obtener un veredicto condenatorio; en que los jurados, que se suponen, como los testigos, fuera de todo contacto exterior, vuelven a encontrarse, entre dos audiencias, en el seno de su familia y de su sociedad, y cambian impresiones con parientes, amigos o amantes; en que las manifestaciones de un público, cuya opinión ha sido formada por polémicas de prensa, les recuerda a cada instante de qué lado soplan los vientos. Presentó observaciones humanas, justas o profundas sobre los sentimientos incoherentes que cada cual presta según su propia naturaleza a la actitud de los acusados; sobre las deformaciones que la memoria de los testigos impone, de buena fe, a los hechos mismos que mejor cree conocer; sobre el falso aspecto que toma una vida cuando se apartan de su tejido multicolor todos los hilos rotos o sospechosos; sobre la diferencia entre la verdad aparente de los caracteres, que atrae la vista, y su verdad real, que casi siempre escapa a las miradas. Aquellos conceptos se habían grabado en el espíritu del magistrado, precisamente porque diferían de los que solía expresar u oír sobre los mismos asuntos. A veces acudían a su memoria, en casos en que

su sentimiento de hombre se hallaba en discordancia con sus costumbres profesionales. Le asediaron el espíritu durante su estudio del expediente, despertando la clara impresión que entonces le había causado aquel desconocido, cuya suerte iba en parte a depender de él: impresión de una simpatía muy viva, casi calurosa. ¿Cómo conciliarla con el sentido de los documentos, de los testimonios, de los hechos que concurrían a desmentirla? Porque si bien el expediente, como pensaba el Sr. Motiers de Fraisse, no contenía una prueba categórica, no dejaba de poder pasar por abrumador. A medida que lo examinaba, al Sr. Rutor le parecía estar viendo, entre los comensales sentados a la mesa de su colega, el rostro animado, los ojos brillantes, los gestos vivos de Lionel Lermantes, y recordaba su confianza en sí mismo, su buen humor, su animación risueña; y oía entonces una voz interior que le gritaba: «¡Sí, sin duda, los hechos se presentan así: su sucesión forma una pesada cadena; declaran con la rudeza de testigos apasionados; sin embargo, ese hombre no puede ser culpable!» Era intuición. Creía poco en ella y se apresuraba a rechazarla: ¡cuántas veces, sobre todo en las cosas graves, los hombres obran en sentido inverso de nuestras previsiones, contra lo que sabemos de ellos, contra lo que parecen ser, contra lo que realmente son, como si obedecieran de pronto a algún demonio perverso que dormita en el fondo de sí mismos, despierta para dictarles la orden fatal, y vuelve a dormirse inmediatamente después de obedecido! Estos argumentos de su razón no imponían silencio a la voz obstinada. Trató de reducirla discutiendo y arrojó su dialéctica. A pesar de todo, la oía aún, ora más fuerte, lanzando llamamientos imperiosos, ora debilitada, con el estertor de una víctima. A menudo, para salir de aquella duda, había pensado usar de un derecho que la ley confiere al acusado: el de visitar al miserable contra quien va a requerir. Pero resulta con esto lo que con otras prescripciones humanas, propicias, que, desapareciendo poco a poco ante el formalismo, van a arrinconarse en el arsenal de las ficciones judiciales: el uso, más riguroso que el Código, lo ha hecho caer en desuso. Las piezas de la instrucción, interrogatorios, documentos, atestados, deben bastarle al acusador: que forme toda su convicción según todas esas cosas muertas, y será más probable que se mantenga dentro de las formas, más esenciales que la verdad, y dentro de la legalidad, más importante que la justicia. Dócil a la regla, desconfiando de sí mismo, escavo de las más estrictas interpretaciones de la ley, el Sr. Rutor había rechazado pues, como se rechaza una tentación, aquellas tímidas sugerencias de su conciencia inquieta. Y he aquí que en el momento de abordar su oficio se lo echaba en cara a sí mismo; y era más que un reproche, era casi un remordimiento. Lleno de duda, vacilaba entre dos convicciones contrarias, una de las cuales procedía de su instinto, al paso que la otra dimanaba de su experiencia o de su razón; ésta refleja, apoyada en un conjunto de hechos cuya concordancia únicamente hubieran explicado los cálculos inverosímiles de una maligna fatalidad; aquella, enteramente intuitiva, incierta como las inspiraciones cuya causa ignoramos, y, sin embargo, tan poderosa que él no lograba sacudir sus ascendiente. Estremeciéndose al pensar que, contra ella, no podía ya contar sino con «la gran luz de las audiencias;» pero esta misma expresión, al atravesar su espíritu, lo tranquilizó: aun no había pensado nunca que dicha luz pudiese ser ficticia, lo mismo que la libertad del acusado.

El Sr. Rutor tenía delante al abogado Luis Brevine, y la presencia de este temible rival fustigaba su convicción temerosa.

Todos los concurrentes habituales a las vistas de la Audiencia conocían al joven y ya célebre juriscónsulto.

Con su cabello castaño aplanado sobre la frente, con su boca expresiva bajo el espeso bigote de puntas caídas, Brevine produce, ante todo, la impresión de una fuerza combativa y tenaz. Sus sólidas mandíbulas parecen hechas para sacudir al adversario que les ha dado presa; sus ojos prominentes bajo sus cejas algo abultadas, indicaban la fuerza verbal que hace a los grandes oradores; su mirada aguda, directa, hiere donde quiere herir; en él se adivina un lu-

chador de raza, siempre dispuesto al ataque y pronto a la defensa, como el toro, al que se parece por su aire calmoso cuando está tranquilo y por la impetuosidad cuando le irritan. Célebre desde una edad en que otros debutan apenas, en quince años de abogacía ha obtenido absoluciones ante todos los jurados de Francia. Moderno y realista, ha transformado hasta en su esencia esa elocuencia judicial en que los abogados románticos se hacían ilustres a fuerza de puñetazos en el pecho, frases ampulosas, efectos de voz, gesticulaciones, imprecaciones y movimientos de ojos. Vivo, alerta, irónico, preciso, ha echado fuera la retórica con sus antiguas figuras. Ha deshinchado esa elocuencia como se vacía un odre de su agua corrompida. De la antigua maza, pesada, difícil de manejar, que daba en falso y quedaba en el suelo, ha hecho un arma ligera, cortante, rápida, que silba al herir, se levanta y vuelve a empezar. Con él, la defensa se ha convertido en una obra de arte completa, espontánea y sabia a la vez, de trama apretada, que empieza desde el primer interrogatorio, que la defensa no hace más que coronar. Sus preguntas, hechas con una concisión que las hace penetrar en el espíritu de los jurados, bastan a veces para hacer espíríticamente el aspecto de la causa, trastornando las convicciones; preparan de tal manera a los oyentes que, cuando él informa, creyendo cada cual que en su puesto encontraría las mismas razones y las mismas palabras para hacerlas valer, las acepta más fácilmente. Pronuncia con fogosa abundancia de expresiones exactas, de palabras impresionables, de paréntesis que os envuelven como en una red, con una rapidez que se sigue jadeante como una carga; su discurso reúne en haz los argumentos que caen pesadamente sobre la acusación: nunca dura más de una hora u hora y cuarto, y dice todo lo que hay que decir, todo lo que produce efecto, todo lo que convence, todo lo que emociona.

Brevine tenía a su lado a su secretario, el joven abogado Dully, cuya inteligencia y talento se fundían en él, ayudándole en sus más pesadas tareas, haciéndole posible su enorme labor. Hojeaba el expediente tomando algunas notas, algo pálido, con las manos sudorosas, ocultando bajo un rostro impasible una emoción más viva que de ordinario. Sin embargo, la señora de Luseny notó que parecía estar muy preocupado. La señorita Felicia, propensa a las neuralgias añadió:

—Diríase que tiene dolor de cabeza.

—Brevine siempre tiene miedo cuando debe defender en juicio, afirmó madama Languard.

La señora de Luseny exclamó:

—¿Miedo..., él?... ¡Imposible! ¿De qué puede tener miedo?

Daisy Tyndall, que había oído, se volvió para decir:

—De nada. Tiene todas las buenas causas. De ahí sus éxitos.

Aurora Winckelmatten, con su más graciosa sonrisa, acababa precisamente de contestar a un colega que hacía la misma observación:

—Es más bien lo contrario: le confían las buenas causas, porque nunca las echa a perder...

—Quisiera saber una cosa, repuso la señora de Luseny: ¿es que los abogados creen realmente en la inocencia de sus clientes?

—¡Oh!, siempre, explicó madama Languard; de lo contrario, no podrían defenderlos. Y el fiscal los cree siempre culpables.

—Sin lo cual, tampoco podría acusarlos, sugirió la señorita Felicia.

Daisy Tyndall se volvió de nuevo, para decir riendo:

—Los hombres tienen una maravillosa facultad de adaptar sus opiniones a las funciones que desempeñan.

—Afortunadamente, dijo Juan Tomás; eso permite que todo el mundo sea sincero.

—Pero ¿y cuando el acusado es convicto y confeso?, preguntó la señora de Luseny sin recoger la salida pesimista del joven.

—Entonces, explicó madama Languard, el abogado cree siempre que el culpable es digno de interés; el ministerio público, jamás.

—Como los dos platillos de una balanza cargada de pesos iguales, oscilan interminablemente, dijo Daisy Tyndall.

De banco á banco se cambiaban frases de este género. Pero, ni en la sala ni en la tribuna, nadie sospechaba que Brevine aportaba á aquella causa un sentimiento que no experimentaba á menudo: una emoción de hombre cogido por todas las fibras de su humanidad, una angustia violenta, hecha de la ardiente convicción de que defendía á un inocente y de la cuasi certeza de que la causa estaba perdida, algo, pues, como el horror de ver sacrificar á un desdichado á quien no se puede salvar, de ser impotente en una desgracia atroz, de verse salpicado con sangre de una víctima. Su convicción, como la duda de Rutor, no disminuía del examen del expediente; vacilante al principio, se había formado en el curso de sus entrevistas con su cliente, y afirmado poco á poco de tal manera que había penetrado en él, animándolo sin cesar. Pero en vano había apelado á toda su ingeniosidad, hasta aquí no encontraba más que pobres argumentos, «medios de defensa» discutibles; por consiguiente, ineficaces: la ausencia de pruebas jurídicas, las contradicciones del testigo principal, la insuficiencia de presunciones que, hasta acumuladas, no valen nunca una prueba, la de las coincidencias que conducen á los errores más lamentables, etc. Sutilezas con frecuencia demasiado ciertas, que poco cuentan en esas brutales batallas en que los golpes son mortales. Apenas había esbozado el plan incierto de una defensa frágil. Cierta es que la acusación le parecía inconsistente; pero no se le ocultaba que á otros le parecería formidable. Levantábase ante él como una fortaleza; y era preciso atacarla sin ver la brecha, sabiendo que existe seguramente en alguna parte. Él, que nunca fiaba nada al azar, se hallaba reducido, como Rutor en un sentido diferente, á contar con lo imprevisible: aliado poco seguro, cuyas traiciones hay que temer. Su experiencia de los tribunales le advertía que el público sería hostil, los jurados, dispuestos en contra, y el presidente, severo, por cuanto Lermantes estaba clasificado en el espíritu de todos entre esos aventureros cínicos, con los cuales se es tan severo en la derrota, como indulgente se fué en la prosperidad. Y se repetía: «¡Si nada surge, si la casualidad no viene en nuestra ayuda, ese hombre está perdido, esa cabeza va á caer!» Todo lo que había de generoso en su corazón se retorció á la idea de aquel inocente á quien no salvaría, él que había salvado á tantos bribones y culpables. Y murmuró: «¡Si Dios existe, y es justo!» ¡Ay, conocía más que nadie las flaquezas de la otra justicia!

### III

Lermantes entró, precedido y seguido de sus dos guardas, y pareció á la mayor parte de los que le habían conocido tal como en sus mejores tiempos, apenas enflaquecido por la larga detención. Sus cabellos negros como el azabache, abundantes y ondulados, empezaban apenas á encanecer en las sienes; en cambio, la mitad izquierda de su espesa barba era casi blanca. Su rostro atezado, de vigorosas facciones, estaba picado de viruelas: rostro de hombre enérgico, ardiente en la acción, en que brillaban unos ojos negros, flameantes, imperiosos; rostro apasionado, que no permanecía nunca en reposo; rostro expresivo que se hubiera notado en medio de una muchedumbre y que, separado en aquel trágico primer término, entre las dos cabezas pacíficas de los gendarmes, uno de los cuales se había echado el kepi hacia atrás para refrescarse la frente, se grababa para siempre en la memoria. Alina de Montcalier le detalló rápidamente y dijo en voz baja á Lolita:

—¡No es mala figura, después de todo!

Lola encareció, con un gesto de persona competente:

—¡Muy *chic!*

La mirada de Lermantes dió rápidamente la vuelta á la asistencia, deteniéndose un segundo sobre los hijos: Renata, bajo la impresión de que él parecía llamarla, se incorporó en su banco, con las manos tendidas, y volvió á sentarse ahogando un sollozo, tan rápidamente, que sus vecinos apenas notaron el movimiento. Sus dos hermanos no se habían movido. Su tío, apoyado aún en su bastón, con sus guantes grises, arqueó las espaldas hundiéndose aún más la cabeza entre los hombros. La señora de Entraque se la dejó ligeramente, sin duda porque el Sr. Marnex le interceptaba la vista del acusado. M. Rutor, inclinado hacia delante, con sus dos anchas mangas caídas fuera del pupitre, procuró un instante escudriñar con la vista, que no tardó en desviar: ¿qué se puede leer de un hombre tras la máscara del rostro? Sin embargo, como para contestar á su examen, su voz interior clamó: «¡Es imposible que éste sea culpable!» Preguntó mentalmente: «¿Por qué?» Y la voz calló,

Él repuso: «¿No es culpable, ese hombre que se hace de bronce entre sus gendarmes, ocultando su alma como se oculta una llaga?, ¿que permanece impassible al reconocer, en esta sala, tantas caras conocidas y aun las de sus hijos?, ¿que con su aire altivo, casi provocador, desafía á la multitud, al jurado y á los jueces? ¡Bah!..» Como la voz no replicó, él continuó animándose: sin duda aquel miserable iba á gritar su inocencia; ¿no hacen lo mismo todos los acusados? Pero éste sería más hábil, teniendo á su servicio la inteligencia, la habilidad y la energía. ¡No importa! Se verían las caras. Y los instintos perseguidores del fiscal se excitaron.

Se había sentado apenas Lermantes y ya la sala comentaba su actitud, en frases breves cambiadas á media voz entre vecinos. Daisy Tyndall, inclinada hacia Juan Tomás, dijo con una miaja de admiración:

—¡Parece valiente!

Al mismo tiempo, Chaussy, que sólo se hallaba separado de él por el gendarme y Mario Gland, expresaba diferentemente la misma idea diciendo á Juan Bogis:

—Se muestra hombre de pecho... ¡Esperemos el final!

Lermantes lo oyó quizá, pues volvió los ojos hacia su enemigo.

—¡Pobre diablo!, murmuró la señora de Lusenev. ¿Quién hubiera creído?..

—¿Le ha tratado usted mucho?, le preguntó madama Langard.

—¡Oh!, hacía dos años que le veía raras veces... ¡Verdaderamente, ha cambiado poco!

Valéns, acostumbrado á esa clase de espectáculos, anunció en un tono de jugador apostando por un caballo favorito:

—¡Por la estampa se ve que se portará bien!

Lavancher decía á Proz:

—Me temo que el Sr. Motiers de Fraisse no esté á la altura...

—¡Oh!, interrumpió el pintor, Lermantes era un hombre osado, en libertad. Pero en esta situación, ¿quién conserva sus medios?

En los parterres, bajo la tribuna, el público continuaba agitando; quién empujaba, quién soltaba algún dicharacho, muchos se reían; de pronto varias voces dominaban el ruido confuso, que se prolongaba. El presidente se incomodó:

—¡Exijo un silencio absoluto...!, absoluto!.. ¡Si no mandaré despejar la sala!.. ¡Vamos, que cierren las puertas!..

Hubo un empujón general: el público obedeció á medias, el gentío de fuera fué echado atrás, se le oyó protestar pateando en el vestíbulo. Los preliminares continuaban rápidamente.

Mientras se procedía el llamamiento de los jurados, un estornudo sonoro hizo retremblar la sala. Era el grueso Crevolá. Lola se volvió:

—¡Salud, Sr. Crevolá!

Él contestó con una chocarrería.

—¡Qué original es ese hipopótamo!, dijo Lola á su vecina, riendo.

Alina frunció la boca con cara de asco y replicó al oído de su amiga:

—¡No siempre!..

Ahora, Lermantes permanecía más inmóvil que una estatua, con las manos sobre las rodillas, los párpados caídos, como si procurase evitar el vértigo de todos aquellos ojos, de todas aquellas cabezas, de aquel gentío agitado como el mar, devorante como un abismo. Al examinarlo con sus gemelos ó con sus impertinentes, los que acababan de declararlo tan poco cambiado empezaban á distinguir los estragos de su rostro: innumerables arrugas surcaban su ancha frente; finas, profundas, corrían á lo largo, abiertas á golpes repetidos por las garras del dolor, de la angustia, de los remordimientos quizá; cruzaban en todos sentidos las sienes y las mejillas; el hundimiento de los labios, mudos durante tantas horas de espantosa soledad, torcía en la barba la boca antes benévola, hoy amarga por indignada desesperación. La inquietud de la mirada dominada apenas, el estremecimiento de las mejillas, el de las narices, el temblor de las manos nerviosas amasando las rodillas, acababan de revelar un ser desamparado, dislocado, confundido, cuyas fuerzas y conciencia se derretían como la cera en un incendio. De vez en cuando, el hombre trataba aún de erguir, como al entrar su busto abatido; pero recaía como bajo la presión de una mano fantástica. Entonces, encorvado, encogido, no era más que un cuerpo desarticulado en que el alma parecía próxima á disolverse, en una forma despojada de su realidad, que ya no existía sino en los ojos ajenos; algunos, pensando en su prosperidad, le compadecían.

—¡Qué caída tan tremenda!, murmuró Lavenne,

Su imaginación le representaba el horror de semejante estado. Y participó de él un instante, arrancado á esa indiferencia por los males ajenos que es lo único que nos permite vivir. «¿Y si es inocente?..» pensaba. Cien veces, después de la prisión de Lermantes, se había hecho esta pregunta ó había discutido el caso en la mesa, en el casino, en el salón de fumar, fría y ligeramente, como se habla de los mil asuntos frívolos que nos sugiere la sucesión de los acontecimientos. Y he aquí que, de pronto, realizaba la angustia de la situación. Fué como un dolor agudo, que retorció sus médulas, humedeció con un sudor frío las palmas de sus manos y sus sienes; fué uno de esos minutos intensos en que las tinieblas del destino humano se iluminan á nuestros ojos, en que nuestra alma se separa de nosotros para correr á otras almas, sorber su amargura, olvidarse en ellas, en el espanto de su infierno.

Montjorat apagó aquel relámpago, diciendo:

—Mira aquellas manos...!, aquel movimiento de los pulgares que se frotran y retuercen... Nadie es capaz de inventar eso...

Y estudiaba y repetía el gesto de angustia...

Una de las hermosas mujeres sentadas delante de ellos se volvió hacia Proz, quien desde hacía mucho tiempo le suplicaba que se dejase hacer su retrato por él.

—Yo encuentro que ha ganado en la cárcel.

—¡Oh, dijo el pintor, qué buen retrato se haría ahora!

—Pero no podría pagarlo, objetó Lavancher.

—¡No importa! Si todavía se señalase un poco, yo lo haría por amor al arte.

Como la damisela se echase á reír, él le preguntó:

—Y usted, mientras tanto, ¿no quiere?..

Ella se apresuró á volverle la espalda.

Observando, mientras se pasaba lista de los testigos, las sordas convulsiones de aquel agonizante, algunos recordaron lo que sabían de él por los periódicos ó la chismografía mundana. Poca cosa, en suma, y nada de cierto. Las personas se hacen célebres sin que se las conozca: la fama las envuelve en una brillante nube, en que no se distingue más que su sombra. De aquella carrera laboriosa, brillante, útil, sonora, ¿cuáles eran las interioridades verdaderas? ¿Qué era la intimidad de aquel creador de tantas empresas famosas: los *Faros del Estrecho*, el *Puerto de Bondimarcá*, los *Ferrocarriles aéreos*, la *Sociedad de estudios para el canal de los Dos Mares*, y muchas otras, algunas de las cuales, sin ser la imaginación como éstas, daban en cambio serios dividendos? Algunas decaían desde que su iniciador no las sostenía ya con su audacia y su genio: ¿por qué? ¿No valían más que por el *bluff* de que él las rodeaba?.. ¿Era él, como durante tanto tiempo se había creído, uno de esos espíritus audaces que amasan á su antojo la ruda pasta del mundo... ó, como Chaussy lo repetía desde su prisión, un lanzador de negocios sin escrúpulos ni conciencia?.. Luego iba á saberse: el acta de acusación primero y después el interrogatorio y los testimonios, iban á publicar todos sus secretos: los de sus negocios, los de su alcoba, los de su pasado... ¡Qué ganga para aquellas sedientas curiosidades de ociosos ó aficionados! ¡Una vida de hombre, y de hombre de carne y hueso, de hombre conocido, toda una vida compleja, real, abundante, llena, entregada como pasto á la avidez de aquellos curiosos!.. No fría ó abstracta, como parece cuando, después de la muerte, os entregan pedazos de ella cortados en las correspondencias; sino completa, caliente, palpitante, con los rasgos que la diferencian de las otras existencias, que la hacen lo que es, que le prestan su realidad auténtica... Iba á distinguirse lo verdadero de lo falso, el fuego del humo, en la radiación eruptiva que lo envolvía hacia meses... Iba á saberse si había sido buen esposo y buen padre, cuáles eran sus necesidades, sus pasiones, sus vicios, si había mujeres en su pasado ó en su presente, á manos de qué aventureras en boga ó quizá de qué señoras necesitadas iba á parar aquel dinero que ganaba tan fácilmente y prodigaba á manos llenas. Iba á leerse en su conciencia como en un libro secreto. Iban á pesarse sus esperanzas y sus ilusiones. Iban á conocerse sus creencias, sus opiniones, sus frases, sus confidencias de sobremesa. Con tales conocimientos se resolvería en fin, por deducción, este problema de que dependía su cabeza: su bala iba destinada, en su voluntad, al ciervo conducido por casualidad al terreno de caza del general Pellice ó al mismo general que hirió en pleno corazón?..

Como se esperaban tantas cosas, los preliminares parecían interminables. Sin embargo, llegó el momento en que, dispuesto todo, el drama pudo al fin empezar...

## IV

La lectura del acta de acusación fué hecha por un escribano corpulento, pálido y barbudo. A través de aquella voz soñolienta, en aquella lengua descarnada, erizada de fechas y de fórmulas, los acontecimientos se despojaban de su acento trágico: accidente ó crimen, la muerte del general Pellice se ofrecía ya más que un pálido interés; los detalles se descolorían; el drama se convertía en un suceso inanimado, como acontece con las escenas de matanzas ó catástrofes que reproducen las pálidas sombras de los cinematógrafos. El documento, bien ordenado, comprendía tres partes: la relación del crimen; la exposición de la situación de Lermantes, la víspera del día fatal; el examen sumario de los antecedentes.

El general retirado Gustavo de Pellice, viudo y sin hijos, pertenecía á una antigua familia de Saboya. Poseía en las cercanías de Chambéry una finca, de mediana importancia, llamada la Combeta, donde pasaba anualmente la primera parte del verano; después de lo cual hacía una cura ó media cura en Vichy; y después, como tenía alquilado, desde hacía muchos años, un coto en el bosque de San Germán, iba allí á inaugurar la temporada de caza en compañía de algunos amigos. El terreno, cubierto de tallas, forma un cuadrilátero de unos trescientos metros de ancho por unos ochocientos de largo. Lo limitan, al Este y al Oeste, dos calles de árboles, y lo cruzan varios senderos. El taller es bastante claro en algunos puntos.

En 1901, el general invitó á catorce personas, entre ellas Lermantes, que era de la partida cada año. Faltaron dos; así es que los cazadores resultaron ser en número de trece. De éstos se escalonaron once en la línea de tiradores. Lermantes ocupó el extremo Oeste, teniendo la calle de árboles á su izquierda, y á su derecha, como vecino más próximo, al conde de Entraque. A pesar de su edad avanzada, el general quiso cazar á la vuelta del venado en dicha calle de árboles. Había quince ojeadores, contando cinco guardas. Uno de éstos señaló la presencia posible de una manada de gamos: el gamo, que había visto la víspera con su hembra y uno ó dos cervatillos. El general preguntó entonces si los cazadores iban provistos de cartuchos con balines. El Sr. Noirmont era el único que los llevaba, en número de seis; dió dos al general y otros dos á uno de sus amigos; y el general ofreció uno de los suyos á Lermantes, que lo rehusó diciendo:

—Llevo tres cartuchos con bala, y tengo bastante con dos.

Y dió uno al Sr. de Entraque, añadiendo:

—Y yo no tiraré en la línea.

Entraque afirma que, en aquel momento, Lermantes cambió la carga del cañón izquierdo de su escopeta y metió en él uno de sus cartuchos de bala. Lermantes, por el contrario, pretende que no ejecutó esta operación hasta el momento en que oyó gritar «*tailhaut*» á los ojeadores que llamaban á los perros para lanzarlos á la caza. Sea que fue, la caza duraba desde hacía algunos instantes, y ya habían caído numerosas piezas, cuando resonó aquel grito. La hembra y sus cervatillos—decididamente había dos—desaparecieron por la parte del Este. En el momento de atravesar la calle de árboles, fueron vistos por el Sr. Noirmont, que les tiró sin resultado. El gamo, espantado, se volvió hacia el Oeste, á través del taller. El Sr. de Entraque lo vió; pero habiendo oído al mismo tiempo un ruido insólito, no tiró. Al contrario, se volvió hacia el acusado, gritándole que anduviese con cuidado. Sin hacer caso de este aviso, Lermantes apuntó con tiempo, y dirigiendo precipitadamente su escopeta hacia la izquierda, disparó el tiro de su cañón derecho. El animal había desaparecido.

Mientras tanto, el general avanzaba á lo largo del paseo del Oeste. A los gritos de «*tailhaut*» precipitó su marcha. El guarda Lechaud le vió echar á correr bastante aprisa para su edad, y meterse imprudentemente por un sendero que desembocaba á la izquierda. La bala de Lermantes le hirió sin duda en plena carrera: cayó al lado de un claro que el gamo acababa de atravesar. Repetidas experiencias han demostrado que en el sitio en que fué encontrado su cadáver, se le veía muy bien desde el puesto que ocupaba Lermantes; pero éste sostiene que el general no podía encontrarse en aquel punto cuando partió el tiro, y que debió dar algunos pasos adelante después de haber recibido el balazo: aserción que el señor de Entraque confirmó al principio y que contradujo después. En cuanto á los demás cazadores, que ocupaban puntos más distantes, nada vieron y sólo acudieron á los llamamientos de Entraque. Éste fué igualmente el único que oyó el grito del Sr. de Pe-

lice. Las comprobaciones establecieron que la bala penetró por un poco más arriba de la tetilla izquierda y atravesó el cuerpo de parte á parte. No se la pudo encontrar.

Lermantes manifestó la más profunda desesperación y, á nadie, en el primer momento, se le ocurrió sospechar que se tratase de un asesinato; ni siquiera á Entraque, que más tarde refirió hechos que, sin embargo, hubieran podido llamar la atención. Se le rogó, no obstante, que se hallara á disposición del tribunal, que abrió contra él una instrucción de homicidio por imprudencia. El sumario, rápidamente instruido, parecía inclinarse en su favor, á causa de la evidente imprudencia cometida por el general al meterse en la espesura, cuando la apertura del testamento, depositado en una notaría de Chambéry, produjo la más viva sorpresa, pues el difunto instituyó á Lermantes legatario universal, con la obligación de pagar cierto número de legados cuya modicidad relativa no parecía proporcionada á su fortuna. Así es que los dos hermanos Chambave, con quienes su tío mantenía relaciones afectuosas, si no íntimas, se encontraban desheredados en provecho del extraño que había ocasionado la muerte del testador. Se notó que dicho testamento; fechado en 18 de julio del corriente año, sólo era anterior en seis semanas á la fatal cacería. Además, su fecha coincidía, á poca diferencia, con una visita que Lermantes había hecho al general en su finca, so pretexto de una cura en Aix, cuyo proyecto fué abandonado.

Entonces empezaron á circular desagradables rumores entre el público, y se agravaron cuando la prensa reveló que la situación financiera de Lermantes vacilaba desde hacía algún tiempo. Bastante vagos al principio, esos ataques se precisaron poco á poco; el resultado de un mal proceso sobre cuestión de responsabilidad, provocado por un accidente que sobrevino durante la construcción del puerto de Bondimarca, proceso que duraba hacía años, acabó de darles una inquietante verosimilitud. La bala extraviada pareció singularmente providencial y las insinuaciones fueron cada vez más precisas. Por otra parte, el Sr. de Entraque rectificó espontáneamente su primera declaración, de tal manera que el carácter de la misma pareció muy diferente. Entonces el tribunal se decidió á transformar el cargo de la acusación y Lermantes fué preso.

Hay que notar aquí que la campaña de prensa dirigida por Francisco Chauvy, y de la cual el acta de acusación, naturalmente, no decía nada, había contribuido, en parte, á tan grave medida: excitada por los artículos del poderoso libelista, parte de la opinión se pronunciaba con violencia contra Lermantes, sostenía que le protegían poderosas influencias, sin duda por consideración á las personalidades interesadas en sus empresas, y clasificaba «el misterio de San Germán» entre las causas en que el crimen y la política se hallan artificioosamente mezclados, bien por la realidad ó bien por la ficción. La naturaleza misma de la causa favorecía esos juegos, ya habituales. Tratábase efectivamente de un hecho *incontestado*. Lo que permanecía incierto era el carácter criminal de este hecho, puesto que ninguna señal exterior lo establecía, y puesto que el secreto del mismo seguía sepultado en el alma de Lermantes. La tarea de la instrucción consistía en descubrirla, cosa tanto más difícil, cuanto que había que contar con un hombre de rara inteligencia y de una energía poco común. Así es que el magistrado instructor, no obteniendo confesión ni contradicción alguna, se había visto reducido á recurrir á un método inductivo, sin duda más especioso que auténtico: había reunido todas las circunstancias y los antecedentes que, ajenos al crimen, tendían á mostrar á Lermantes, en razón de su moralidad, capaz de haberlo cometido. Desde luego había procurado hacer el balance de su fortuna. A decir verdad, esta operación fué casi imposible: Lermantes no poseía nunca más que una cuarta parte en sus empresas, que existían independientemente de él. La necesidad de no perjudicar los intereses considerables en ellas comprometidos era una traba para los esfuerzos de la instrucción. Sin embargo, los resultados obtenidos, por discutibles que fuesen, corroboraban en parte los rumores de que cierta parte de la prensa se había apresurado á hacerse eco. Resumiendo brevemente estos resultados, el acta de acusación se extendía sobre una operación dudosa, aún reciente, que Lermantes explicaba bastante mal: desde su emisión, en 1897, las acciones de cien francos de los Ferrocarriles aéreos se habían elevado, gracias á un reclamo desordenado, á quinientos, seiscientos y hasta setecientos francos. Algún tiempo antes de la apertura de la Exposición, bajaron bruscamente. Ciertamente más tarde, el gran éxito de aquella atracción las hizo subir con bastante rapidez á sus antiguas cotizaciones; pero Lermantes había liquidado las suyas an-

tes de la baja. Este afirmaba que, teniendo necesidad de grandes sumas en aquel momento, á causa del accidente sobrevenido en las obras del puerto de Bondimarca, se había visto obligado á realizar parte de sus capitales: la depreciación de los títulos de que se había desprendido, aunque momentánea, proyectaba una luz asaz inquietante sobre los procedimientos que él no vacilaba en emplear para llenar su caja en los momentos difíciles.

Después de haber señalado las dificultades que amenazaban á la barca arriesgada de Lermantes en el momento en que la muerte del general vino á ponerla á flote, la acusación insistía sobre sus continuas necesidades de dinero. Desde su juventud, se había aprovechado de la munificencia del Sr. de Pellice, que asumió su tutela, por querer llevar una vida de estudiante rico, superior á sus recursos. Ya se manifestaban entonces sus gustos fastuosos: la mayor parte del dinero que recibía del general servía para deslumbrar á sus camaradas. Después de su casamiento, aunque no era entonces más que un simple empleado de la Sociedad metalúrgica del Norte, y aunque su mujer no le aportó más que una modesta dote, montó su casa sobre un gran pie y vivió ricamente. El tren aumentó luego con sus recursos, quizá con más rapidez: su presupuesto de gastos podía evaluarse en doscientos cincuenta á trescientos mil francos anuales, á pesar de las dificultades y pérdidas recientes; esto sin contar las adquisiciones onerosas hechas durante los últimos diez años: la *villa* de Etréat, el hotel de la *rue des Vignes*, la quinta con honores de palacio ó castillo en el Aveyrón, cuya restauración representaba ya un gasto de cerca de seiscientos mil francos, los cuadros y demás obras de arte. Por último la acusación señalaba, más brevemente, los descarríos de Lermantes en su vida privada: dos amistades bastante ruidosas con mujeres de vida alegre, una en vida de su mujer y la otra poco después de haberla perdido; y terminaba trazando de él un retrato que lo representaba «de moralidad fácil, en su intimidad y en sus negocios; pródigo, llevando hasta el fausto su afición al lujo; laborioso, sin duda, pero más ambicioso todavía; tocado sin duda de un orgullo desmedido; poco escrupuloso en la elección de sus medios de acción como en la de sus placeres; perteneciente en fin á esa categoría de hombres cuyo afán de ostentación y apetitos de goce los entregan sin resistencia á las tentaciones.»

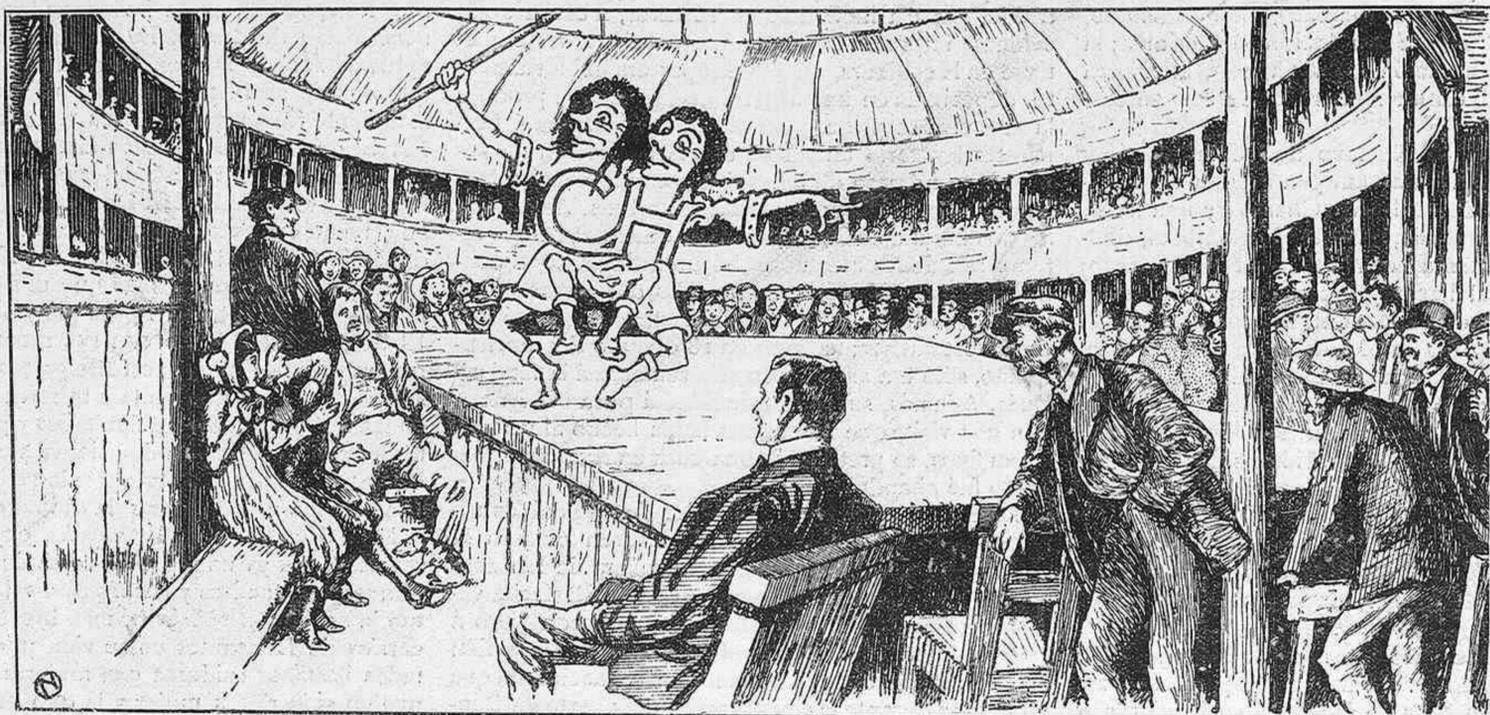
El acta de acusación, base del proceso, produce en general poco efecto: ya porque á menudo es leída de un modo casi ininteligible, ya porque no es más que un esquema descarnado, informe y sin vida. El público lo escucha con resignación, como soporta en la Opera una sinfonía desgraciada, ó en el teatro un primer acto fastidioso. Muchos piensan, en su decepción: «¿Pero no es más que eso?» Y la causa célebre queda reducida en su espíritu á las proporciones de una historia sosa, de un drama entre títeres, de una batalla de soldados de plomo. Sólo aquel á quien amenaza, y que la ha estudiado ya en el silencio de su prisión, recoge de ella las menores sílabas...

Lermantes la oyó con una especie de cólera que la humillación contenía á la sublección, porque si bien todos aquellos hechos eran ciertos, su conjunto no constituía, sin embargo, la verdad. Se reconocía en aquella imagen de sí mismo, como reconoce uno su retrato en un decalco que reproduce brutalmente las líneas exteriores abandonando el color y el modelado. Era él—pero otro él,—diferente de lo que sabía que era, un él sin su carácter, sin su acento personal, y que, sin embargo, iba á parecer exacto á aquellos hombres reunidos para juzgarlo. Había allí toda su apariencia, pero nada de su realidad. Sus actos se parecían á los que el documento consignaba á guisa de catálogo, pero sin la parte de cálculo que los envilecía. La corriente de las cosas lo había arrastrado como á tantos otros, ni más ni menos, sin que jamás hubiera tenido tiempo de mirarse en ella. ¿Su orgullo desmedido? ¡Gran Dios!, no, no estimaba en demasía ni sus facultades ni sus obras. ¿Sus apetitos?.. Disfrutaba sin abuso del fruto de su trabajo, como hombre que goza de excelente salud y está dotado de un buen temperamento. ¿Su prodigalidad?.. ¿su fausto?.. Personalmente se hubiera contentado con una mesa de pino, una cama de hierro y los alimentos más sencillos. ¿Su falta de escrúpulos?.. Había tenido más que otros, á quienes, sin embargo, nadie acusaba de un crimen odioso, que estaban libres, que proseguían su camino sin trabas, reproduciendo cada día los mismos actos dudosos ó frívolos. Y, no obstante, ¿cómo arrancarse al engranaje á que lo empujaba aquella sucesión de hechos innegables y desfigurados, que se desnaturalizaban por su mismo encadenamiento y por su número?.. ¿Cómo renegar de aquel «duplicado» inquietante?

(Se continuará.)

# AVENTURAS Y VIAJES MARAVILLOSOS É INSTRUCTIVOS DE JUANITO Y JUANITA

Novelita para la infancia, Original de Noguerras Oller



—Y descendimos en el jardín más ameno y aristocrático de la ciudad ortográfica. Pero ni allí nos vimos libres de sustos ni contratiempos. La tarde era magnífica. Las magnolias, los mirtos, los nardos, las rosas, las gardenias, muchas flores, todas las flores del jardín, embalsamaban el aire de aquella tan hermosa tarde primaveral.

Por los senderos floridos paseaban los más elegantes signos alfabéticos, las más bellas letras, ricamente ataviadas, con el mayor sosiego y cortesía, sin estrujarse, sin ni siquiera rozarse... De modo que si alguna vez, involuntariamente, se encontraban dos ó más transeuntes llevando opuesta dirección, deteníanse modosamente para ofrecerse el paso con la mayor bondad y galanura del mundo, deshaciéndose en cumplidos.

Pero no en vano circulaba por los suburbios de la ciudad la noticia de que dos intrépidos aviadores habían tomado tierra en aquel sitio...

Un populacho enorme invadió el jardín; toda la hez de la sociedad, mejor dicho, la abigarrada muchedumbre de los barrios bajos, penetró en el parque tumultuosamente, chillando y empujando para vernos y aplaudirnos mejor.

Calcule pues, señor vecino, cuán grande sería el descontento de las pulcras y elegantes letras que por allí discurrían, al verse poco menos que pisoteadas por una multitud tan astrosa, tan sucia y desaliñada, que apenas si había en ella un solo individuo que forma de letra guardase.

Habíalos jorobados, cojos, tuertos, patizambos, tan lisiados, tan mal formados en fin, que pronto y bizarramente protestaron los más gallardos y elegantes signos alfabéticos.

Redobló entonces la multitud sus incorrecciones en grotesca y agresiva manifestación. Desmayáronse las más peripuestas letras. Hubo, en fin, un alboroto tan formidable y estridente, que no tardó la policía en abrirse paso y hubo carreras y sincopes y un pánico que, en verdad, yo no acierto á describir.

A tan tremebundas noticias que con temblorosa voz me suministraba Juanita, yo, francamente, tenía el alma en un hilo. Con todo pude al fin reponerme y pregunté:

—¿Hubo muchos detenidos?

—¡Uf! ¡La cárcel llena!

—¡Zambomba!

—Y el señor juez no zupo, de momento, cómo arreglar el conflicto. ¿Ze celebró en la Audiencia un juicio colozal!..

—¡Canastos!

Juanito entusiasmándose prosiguió:

—Constituyóse el Tribunal y el público con avidez llenó el coro.

Mi extrañeza con este detalle de invadir el coro llegó, naturalmente, al paroxismo de la admiración.

—¿Cantan en la *Sala de lo Criminal* alguna pieza para amenizar el juicio?, exclamé estupefacto.

—¡Juanito se refiere á que el público llenó la galería!..

Respiré. Juanita prosiguió:

—Abierto que fué el juicio, los elegantes, allí presentes en calidad de acusadores, pretendieron que la desgarrada muchedumbre alfabética no podía pasearse impune por los lugares aristocráticos de Ortografía. En esto levantóse el abogado defensor y dijo:

«—¡No hay ley ni puede haberla, en el país Ortográfico, que excluya de Ortografía á esas desgraciadas letras mal formadas que nacen de pluma vulgar ó de mano inepta en escritura!

»¡Yo defendiendo, señores, el derecho de los humildes! ¡Haya igualdad en derecho para todas las letras y así—caros oyentes míos, severos jueces, tremebundo aunque piadoso fiscal, jurados incorruptibles é incontrovertibles, público sensato y bondadoso,—puedan vivir y transitar las letras, todas las letras, bien formadas ó no, sin molestia alguna, por el país ortográfico.»

Una tempestad de aplausos estalló en la sala y el defensor, patéticamente extasiado, puso en blanco los ojos; tosió con estridencia; rehusó modestamente cuantos aplausos, hurras y vítores le llegaban de todas partes; apuró de un sorbo el agua azucarada de su copa, y prosiguió con voz meliflua:

«—Por consiguiente, suplico al Tribunal se digne aconsejar á cuantos señores alfabéticos pretendan, en aras de su elegancia, reducir ó coartar el derecho de tanto infeliz deformado, que se instalen en otro país, en un país á propósito para ellos, en el refinado y bello y pulcro país de Caligrafía, ya que el arte de formar (1), vestir ó perfilar bien las letras, nunca perteneció al imperio democrático de Gramática, cuyos cuatro departamentos son Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía.»

Otra salva de aplausos coronó la bien sentida defensa del abogado y el presidente del Tribunal dió por terminado el juicio dictando orden de libertad para los que tanto la deseaban.

Juanito se mostraba nervioso, descontento, irritadísimo contra el fallo del Tribunal y estalló de esta suerte:

—¡Conque, señor vecino, ya zabe uzted la injusticia!

—No, hijo mío; los jueces obraron bien.

—¡Canaztoz, zi lo zabré yo! ¡Me conzta que el abogado no hizo máz que defenderze á zi mizmo!

(1) Entiéndase escribir.

—El abogado supo, en su defensa, presentar razones justísimas. Apuesto que tu hermana opina lo que yo.

La bella muchacha, en efecto, manifestó concordar en absoluto.

—¡Ez que yo vi la letra del dizcurzo del abogado y era infernal, ilegible, dezaztroza!

—Aunque hubiesen estado las cuartillas llenas de borrones, de faltas de aseo y de corrección en el trazado de las letras, podían ser lo que se dice purísimas en lo tocante á Gramática.

—En ezte cazo, exclamó furiosamente Juanito, dezde hoy ezcribiré tal y conforme escribe el señor médico, que ni una zola de zuz recetaz se puede leer zin anteojoz de larga vizta. Y ¡ay de quién ze burle! ¡Zoy muy valiente yo!

—Puedes sin disputa escribir conforme te acomode en lo que se refiere al trazo más ó menos seguro, preciso ó perfecto de las letras en sí; nadie te dirá mal gramático; pero todo el mundo, seas ó no valiente, podrá decir y sostener que eres un mal calígrafo; de modo y manera que, en último caso, de nada te servirá la bravura, pues la razón incólume de tu adversario no dará pie ni lugar á tu valentía. Reflexiona por lo tanto, Juanito, que lo más sensato que tú puedes hacer es guardarte el valor para obligar á tu mano derecha...

—¡Zé ezcribir con laz doz!

—¡Magnífico! Todo el mundo debiera en los colegios adiestrar las dos manos. Además, yo bien quisiera, Juanito, que alcanzaras el *por qué* de la escritura. ¿Se escribe acaso solamente para manchar la inmaculada albura del papel con un sin fin de surcos llenos de patitas de mosca? No. Se escribe para hacerse entender; de modo que, á mayor perfección, mejor inteligencia.

Con estas y otras razones pude lograr que Juanito entrase en cordura, lo cual fué lo propio que dar posibilidades á Juanita para que prosiguiese su relato interesantísimo.

—Terminada la sesión y una vez ya libres los absueltos, señor vecino, visitamos la ciudad en compañía de un amable y correcto periodista, llamado...

—¡Ekiz!, exclamó Juanito. «Intrépidoz aviadorez —noz dijo,—van uztedéz á vizitar trez fenómenoz...»

—Pero, Juanito, ¡el Sr. Zeta no empezó de esta forma! Nos dijo: «Estoy enterado de que en su país causan la más viva admiración dos hermanas siamesas por haber nacido juntas, pegadas una con otra, formando en fin un cuerpo indivisible. ¡Esto es nada! ¡En nuestra ciudad existen tres casos como éste! Tengo marcado interés, intrépidos aviadores, en que visiten tales fenómenos.» Contestamos al periodista

que nos venía de perlas. Dió, por lo tanto, sus órdenes al *chauffeur* y pronto el automóvil, dando al viento los más tremendos alaridos de su bocina, *¡mac-mac!*, *¡mac-mac!*, embistió con furia inusitada la Gran Avenida de los Museos, de los Teatros, de los Circos y también de los barracones.

El gentío era inmenso y el sinnúmero de espectáculos por demás atronador y atrayente, raro y emocionante.

Saltimbanquis que pretendían haber subido de un

Se detuvo nuestro automóvil frente de una especie de circo denominado «Pabellón de los Tres Fenómenos.» Entramos.

La sala, mal alumbrada por un farol, nos pareció el lugar más lúgubre del mundo; pero pronto fueron ocupadas las sillas por el público impaciente y un empleado del Pabellón encendió las luces enclavadas en los maderos ó columnas que aguantaban el gran toldo del circo.

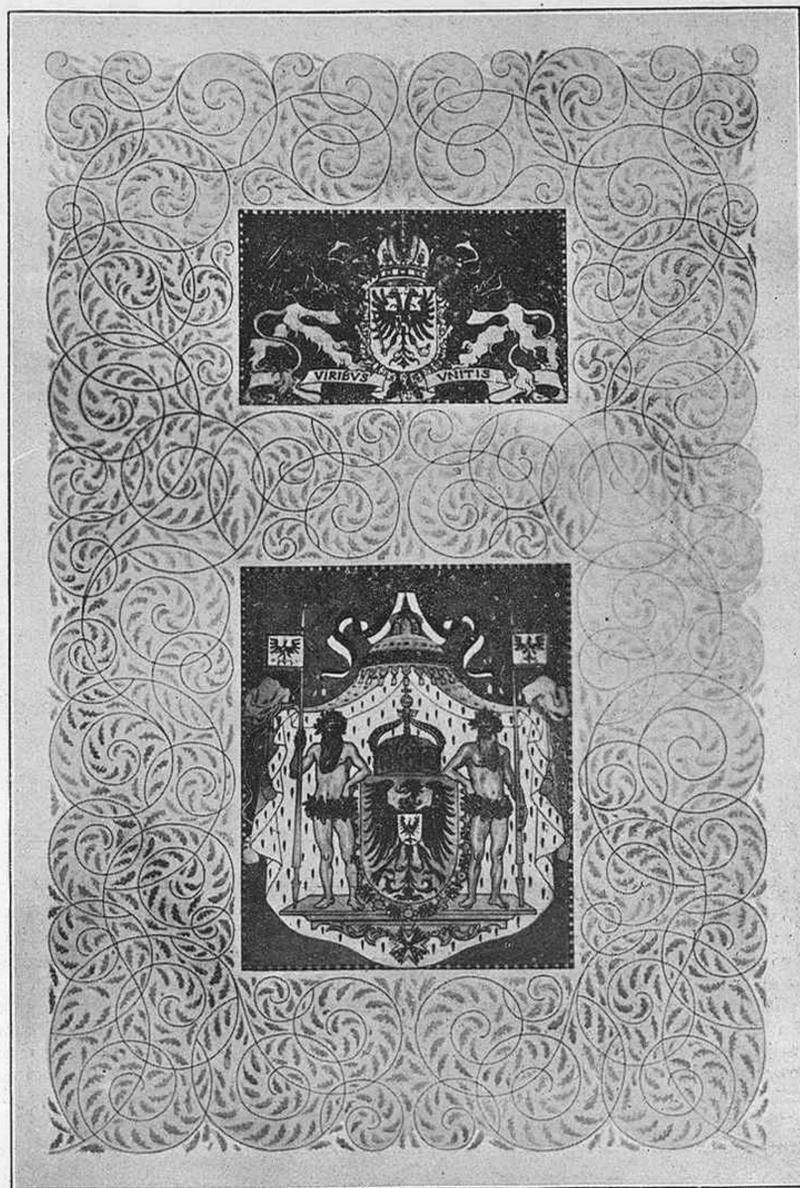
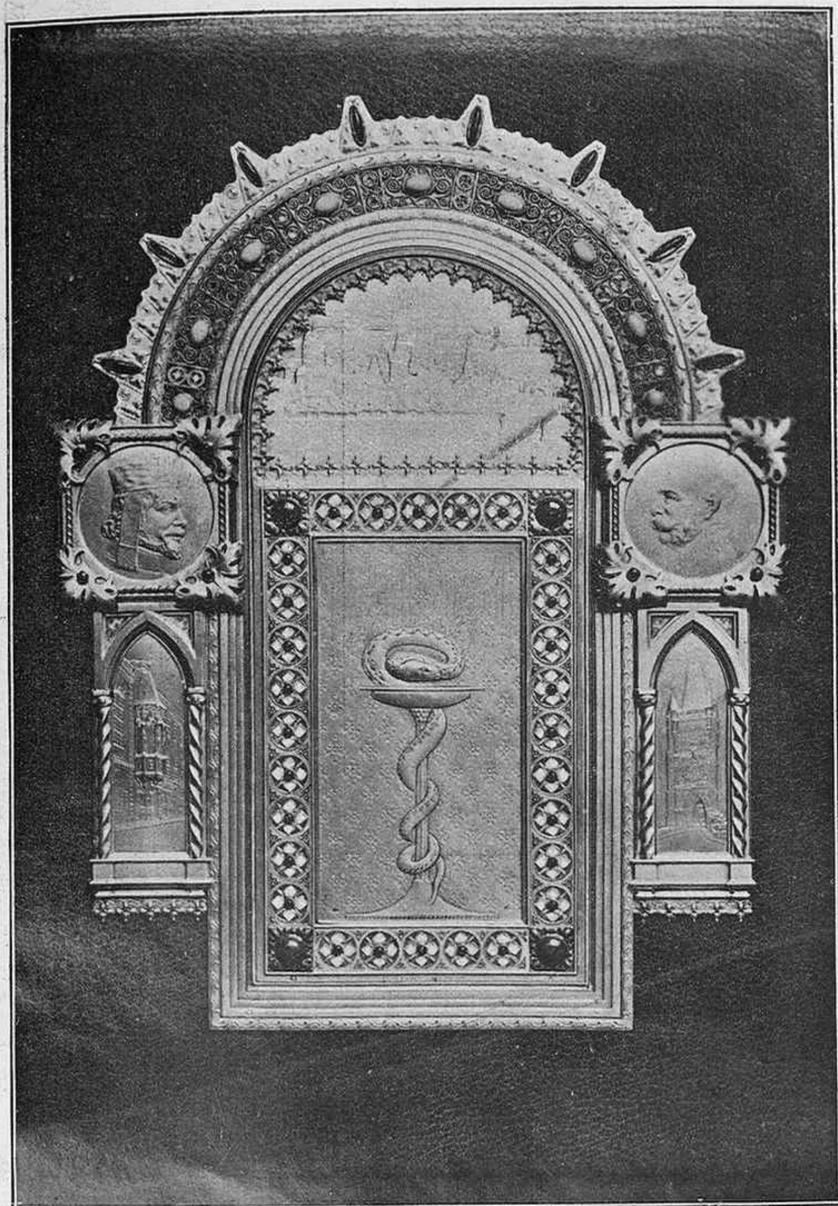
En la pista del barracón se levantaba un tablado

operación, ¡paf!, se escapara mi alma, que es mi sonido, mi todo. De manera que así me tienen ustedes en tierra de España, siempre anormal, haciendo ejercicios para que el público conozca lo que valgo y lo que soy.

Y eso diciendo CH, se agachó tomando un palo. Juanito interrumpió diciendo:

—¡Yo creí que noz iba á zurrar á todoz; pero nada de ezol.. ¡Ya verá!.. ¡Va uzted á ver!

—Tomó un palo, prosiguió Juanita en cuanto se



Cubierta y hoja que resguarda el diploma de Doctor «honoris causa» otorgado por la Universidad de Praga al emperador Guillermo II de Alemania, obra la primera de H. Grünfeld y la segunda de Kostial. (De fotografías de Argus Photo-Reportage.)

En la sesión que el Colegio de profesores de la Universidad de Praga celebró en 24 de noviembre del año pasado, fué nombrado Doctor *honoris causa* de aquel establecimiento docente al emperador Guillermo II de Alemania por el discurso que pronunció con motivo del segundo centenario de la Universidad de Berlín. El nombramiento hecho por el Colegio mereció en 12 de febrero de este año la aprobación del emperador Francisco José I. Por indicación del decano de la facultad de Medicina de la citada Universidad Dr. Jakschvon Warkuhorst el diploma artístico en que consta aquel nombramiento ha sido ejecutado por la casa Grünfeld, de Praga, y consiste en un pergamino escrito por el artista Kostial, contenido en una cartera cuya cubierta es obra de Grünfeld y resguardado por una hoja decorada también por Kostial.

solo salto á la Torre Eiffel; titiriteros que atronaban el mundo con sus órganos destemplados; fieros charlatanes que prometían enormidades prehistóricas para enseñar al fin y al cabo la cola de un ratón; en fin, una serie de cartelones pintorreados con notable crueldad, donde se veían enormes peces con patas, carneros con alas, culebras con sombrero de copa, enanos con pies de gigantón y gigantes con pies de niño; mujeres que levantaban una catedral con un solo dedo; faquires que se hartaban de cristal, de agujas, de sables, de qué sé yo; faquires que no comían ni en lunes, ni en martes, ni en miércoles, ni en jueves y vaya usted contando sin excluir el domingo; en una palabra: allí se amontonaba, gritaba y gesticulaba todo lo grotesco, todo lo inaudito, disputándose la admiración de la mil veces distinguida muchedumbre.

y no tardó ciertamente en comparecer CH, primer número de los tres fenómenos del circo.

Saludó al público, chocheando un poco como se sobrentiende y dijo:

—Quiso el azar que naciera doble, pero soy una en la voz y en el valerme una sola, motivo por el cual no pocos gramáticos, desde el sabio doctor don Antonio Nebrija (1), pugnaron inútilmente para lograr que, siendo yo una letra, no ofreciera el tristísimo espectáculo de ser dos en una—como también acontece con mis parientas la LL y RR,—pero nunca los doctores se atrevieron á cortar por lo sano, temiendo sin duda alguna que, en tan peligrosísima

lo permitió la estentórea risa de su hermano, tomó un palo y adhiriendo á uno de los dos extremos una punta de hierro, hizo de él un garrote ofensivo y defensivo enteramente igual al que usan los guardianes nocturnos que velan por la seguridad y buen servicio de las calles. Lo empuñó con fuerza y ejecutando una danza semiguerrera y salvaje, cantó:

De noche los chuzos  
la chusma rechazan  
de apaches que acechan  
propicia ocasión  
de echar con provecho  
su gancho y marcharse  
para emborracharse  
en ruin bodegón.

(Continuará.)

(1) Eximio gramático español, nacido en Lebrija el año 1444; fué profesor de Salamanca y Alcalá de Henares, siendo también autor de la *Biblia poliglota* del cardenal Jiménez.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**HISTORIA UNIVERSAL**  
ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES  
BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN  
Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsimiles, etc.  
Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

## ALGECIRAS.—LA ESCUELA DE AVIACIÓN. (De fotografías de Trinidad Díaz.)

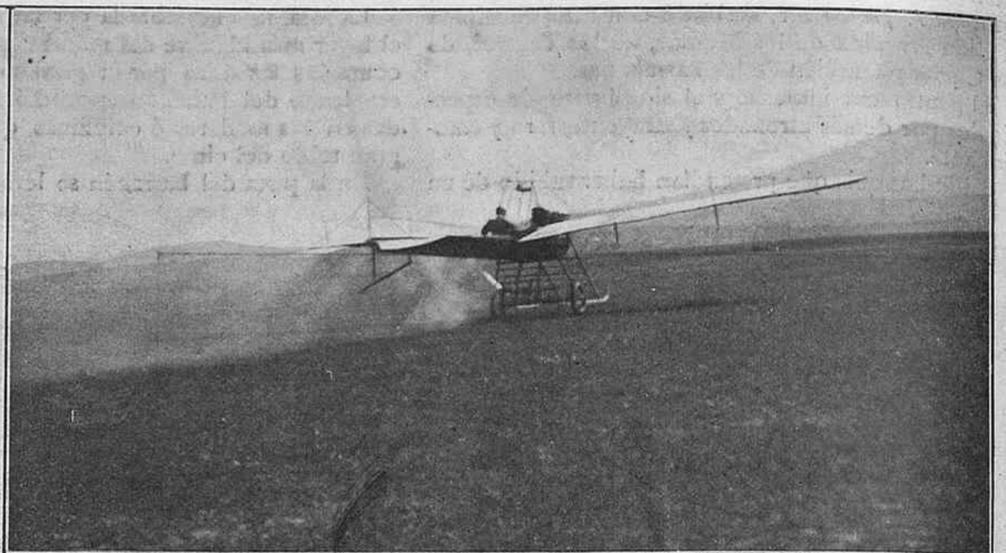


El aviador Chassagne × momentos antes de emprender el vuelo.

Junto al poblado de Palomas, á cinco kilómetros de Algeciras, y en un vasto terreno inmediato á la bahía, una compañía francesa ha montado una escuela de aviación, dotada de todos los elementos necesarios que la ponen al nivel de las mejores establecidas en el extranjero, y que es la primera creada en España.

La inauguración de esta escuela efectuóse el día 23 del mes pasado, habiendo resultado un acto brillantísimo. Durante toda la mañana llegaron los trenes atestados de viajeros, la mayor parte de ellos ingleses, deseosos de presenciar la fiesta; se calcula que el número de forasteros que acudió aquel día á Algeciras no bajó de ocho mil.

El aviador L. Chassagne, miembro del Aero-Club de Francia, realizó dos magníficos vuelos; en el primero, elevóse á doscientos metros, describiendo dos amplias vueltas en un recorrido de más de diez kilómetros y descendiendo sin más contratiempo que la rotura del neumático de una de las ruedas del aparato. En el segundo, dió cuatro vueltas al aeródromo, pasó tres veces por encima del cobertizo, hizo varias viradas sobre la vega próxima, subiendo á doscientos cincuenta metros y recorriendo unos catorce kilómetros. Cuando se hallaba á la altura de cuarenta metros, paró el motor y descendió en un vuelo planeado, tocando tierra en el mismo punto de donde había partido.



El aviador Chassagne en el momento de emprender el vuelo.

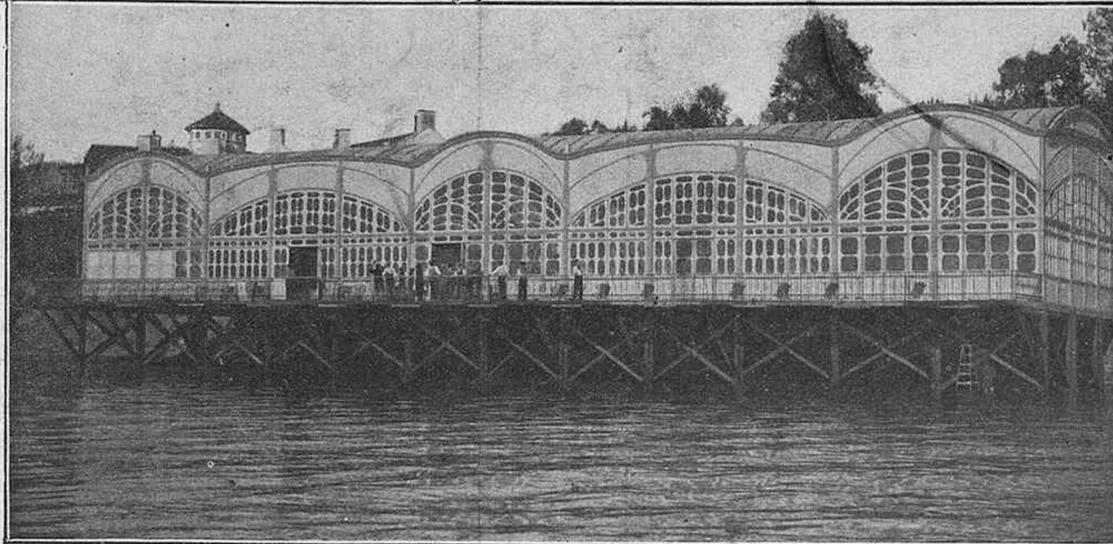
Al terminar los dos vuelos el aviador fué entusiastamente aclamado y obsequiado con champaña por la señora del gobernador militar del Campo de Gibraltar, Sr. Bazán, y por la del general Alfau.

Numerosas personas presenciaron los vuelos desde la bahía á bordo de varios vapores.

Los aviadores que están al frente de la escuela de aviación se proponen, en pruebas sucesivas, dar la vuelta al Peñón de Gibraltar, regresando por encima del Campamento y de San Roque, y llegar hasta Ceuta. Cuando se efectúe esta última expedición aérea, el general Alfau invitará á los caides de las kabilas de Anghera á presenciar el vuelo.

La misma compañía que ha establecido la Escuela de Aviación ha construído un Kursaal balneario con todas las comodidades que pueda desear el más exigente. El balcón terraza de este grandioso edificio tiene una longitud de cuarenta y ocho metros, está sobre el mar y desde él se domina una magnífica vista: Ceuta, el estrecho de Gibraltar, La Línea, San Roque, el Puente, el Campamento y la pintoresca bahía de Algeciras.

Después de la inauguración del aeródromo se inauguró el Kursaal con un espléndido baile de etiqueta, al que asistieron las autoridades y distinguidísimas familias.



El Kursaal, balneario propiedad de la compañía que ha establecido la Escuela de Aviación

EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA  
COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

GESAR Y MINKA

Criadero y comercio de perros de casta, ZAHNA (Prusia) recomienda Los más notables perros de casta



PERROS DE GUARDA, DE LUJO Y DE COMPAÑÍA así como todos los PERROS DE CAZA, desde el grande DOGO DE ULM y el PERRO DE MONTE hasta el más pequeño PERRITO FALDERO. Lista de precios ilustrada gratis. ENVÍO Á TODAS LAS PARTES DEL MUNDO Y EN TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. — GRAN EXPOSICIÓN PERMANENTE EN LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE ZAHNA.

EXIJANSE el Sello de la "Union des Fabricants" y la Firma DELABARRE

**Dentición**

**JARABE DELABARRE**

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todas las accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUGE, 78, Faub. Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN